

LOLA ROBLES

FLORES DE METAL

Una misteriosa
asesina,
Dama X,
conmociona
Forewal, la
ciudad de la
diversión y el
placer.

transVersal



Editado por

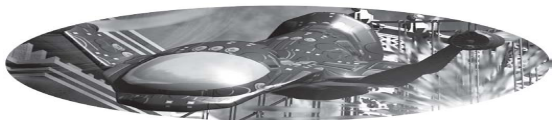
ISBN:978-84-96554-59-3

Antequera, 2

28041 Madrid

info@equiposirius.com

www.equiposirius.com



Farewell se extiende a lo largo de kilómetros y kilómetros empotrados en acero y asfalto, corazón de silicio, torres blancas como prismas de nieve, avenidas radiales partiendo de su centro matriz, mariposas eléctricas para adornar su noche chorreante de luz, diadema engastada con bares, casinos, burdeles, clubs de drogas, comercios, abiertos veinticuatro horas pero visitados sobre todo en las nocturnas, puesto que es realmente en esas horas cuando

Farewell vive, ciudad ya vampira, en la voracidad cromática del neón, brillos semejantes a los fríos brazos espirales de la galaxia, muros de cristal que destellan como hielo, aunque en el aire se impregne el perfume de la Muerte que monta en escorpiones de esmalte y escupe odio en las pistolas de los sicarios ciborgs. Y la ciudad emerge de la noche al alba como de un naufragio, agotada por su velocidad de vértigo, sus emociones químicas, su asco y su miedo, y reza únicamente al dios del metal, el carbono y la sinapsis al irse a dormir hasta un nuevo crepúsculo.

Concebida para convertirse en megápolis de la Diversión, y únicamente para eso, Farewell surgió de la nada, de la imaginación sin duda portentosa de Cayo Ikira Craso Yamamoto, ingeniero–arquitecto, urbanista total, el hombre que también diseñó New Roma. Pero aquí, en Farewell, no tuvo la necesidad, impuesta en el

caso de la Urbe, de proyectar en lo geométrico, en la grandiosidad de los trazados y la elevación de los edificios, en proezas arquitectónicas rayanas en lo inverosímil –rascacielos, autopistas aéreas, arcos de triunfo, puentes faraónicos, espacios catedralicios– el símbolo del Poder del Emperador, Dux Belli, Señor de la Galaxia. Así, New Roma abruma en su intención de provocar el asombro, la admiración o el miedo, fatiga en sus distancias, pero no conmueve como suele hacerlo la belleza armónica: acaso sólo igual que el estallido, espléndido en su brutalidad de colores, del Apocalipsis.

Tampoco es hermosa Farewell, aunque su creador sí quiso que lo fuera. Soñó sus torres blancas donde instalar los centros financieros que aportarían el dinero necesario para pagar diversiones, y también los mejores comercios y tiendas, y el control de los transportes y de la vigilancia urbana, que Yamamoto no confió a la policía imperial sino a una de las fuerzas de seguridad privada más duras del mundo. Soñó casinos dorados para que los visitantes perdieran

su dinero con admiración deslumbrada ante aquella suntuosidad sin límite; clubs exquisitos donde podía escucharse música de todos los planetas habitados, así como se encontraban restaurantes con las especialidades más exóticas; construyó hoteles en las zonas exteriores, que podían imitar un castillo medieval o una isla del océano Pacífico o cualquier naturaleza planetaria. Y no le importó que en las viviendas de la franja de circunvalación de la ciudad se instalaran no sólo los trabajadores asalariados de hoteles, restaurantes, clubs, casinos, torres —los mejores profesionales, chefs más selectos, barmans más afables, vendedores más políglotas, crupieres más elegantes, detectives más sagaces, artistas más creativos—, sino también los emigrantes prácticamente esclavos (no en la ley, porque la ley terrestre se jacta de mantener prohibida la esclavitud, vanidad pomposa y vergonzante, puesto que la realidad la desmiente día a día), y las prostitutas y furcios y chaperos y todo ser dispuesto a mostrar, alquilar, manipular su cuerpo a cambio de créditos inter. Durante

media centuria, Farewell fue realmente una Ciudad Diversión, a la que daban tanta fama los locales *paraíso del sexo* como la Torre Diamante que en la zona central se elevaba cincuenta pisos acristalados irradiando el fulgor de su orfebrería, ya que el edificio entero estaba dedicado a tiendas de joyas y no dejaba de aparecer en cualquier postal turística. Podían visitar Farewell incluso las parejas en luna de miel y las familias, aun sabiendo que ciertas zonas y barrios no eran aptos para su moralidad. Sin embargo, poco antes de su muerte, Yamamoto ya sabía que su sueño de alegría, belleza, aderezadas de un poco de vicio, se deslizaba vertiginosamente de Dream City a Ciudad Pesadilla. El Hampa jakuzai se había instalado con comodidad absoluta, asaltando Farewell como un grupo selecto de bandidos o guerreros se adentra en una ciudad aprovechando una noche de fiesta, y luego abre las puertas de la muralla al resto de su banda o ejército. Y la diversión se acabó o pasó a convertirse en algo más oscuro, sórdido, o incluso, definitivamente, terrible. Que los

asesinatos empezaran a ser moneda común; que cada vez se necesitara profesionales más especializados para matar, adjudicándose el puesto, por sus capacidades indudables para el oficio, los hombres-máquina; que ya no sólo se liquidase a los empresarios o comerciantes sino unos a otros los mafiosos, y luego a los turistas que habían sido secuestrados para exigir un rescate, y luego a cualquiera que hubiese oído o visto lo que no debía oír o ver, y luego sólo –por qué no, en Farewell– para divertirse; que el *paraíso del sexo* revelara definitivamente –por si a alguien le quedaba alguna duda– su condición infernal, donde los visitantes con caprichos cada vez más perversos podían arrojar al basurero cualquier mínimo resto de censura moral, son algunos de los más relevantes ejemplos de en qué se había transformado Farewell, un sueño corrompido.

¿Hacia dónde me llevan mis pasos caminando sin rumbo a través de esta ciudad extraña y fría? Recuerdo haber pasado ya por estas calles, hace unas horas; recuerdo haber

recorrido parajes tristes y oscuros que no creo pudiera volver a encontrar nunca. Al aterrizar en el aeroespaciouerto, vi la urbe entera, sus ocho avenidas radiales, grandiosas, y las luces abigarradas entre esas arterias de luz. Pero ya las naves medio desguazadas, olvidadas en las plataformas de aterrizaje y despegue me indicaron que la ciudad moría. Guardias armados hasta los dientes, los cascos de pantalla negra, las botas lustrosas, los trajes de seda de araña forrados de gris, custodiaban la llegada de los pasajeros, algunos de ellos todavía turistas, aunque casi siempre solitarios.

Luego salgo a la ciudad, en la noche; llueve. Camino en compañía de extraños, entre muros cromados, torres blanquísimas, esbeltas en su diseño de pureza casi desgarradora; en la violencia llena de esplendor, en el llanto que te anega, llego en tu busca, Farewell.

El dueño del club –se llama *La Linterna*

Azul— me examina minuciosamente, incluso me ordena que me desnude.

—Es un material muy antiguo ése que llevas, metal y plástico, ¿no? ¿Dónde te lo implantaron?

—En mi planeta.

—¿De dónde eres?

—Petra.

—No lo conozco. ¿Sector?

—El 5 de la Zona Intermedia. Colonia minera y petrolífera.

Su nombre significa piedra. Un páramo rocoso, desolado. El invierno es muy recio; el verano, terrible. Los duros vientos golpean ese mundo de temperaturas extremas. Sólo hay una zona, al sur del único continente habitable, que tiene bosques. Es posible ya los haya destruido la explotación maderera. Eran bosques muy hermosos, yo los conocí. También los crepúsculos de ese mundo hostil para la vida

humana tenían una rara belleza de colores: el rojo encendido, el oro, el verde, todas las gamas del violeta.

—¿Te implantaron sólo la piel? —
continúa preguntando el dueño del club—
¿Nada por dentro?

—Los ojos.

—¿Qué ocurrió?

—Me quemé en un incendio. Ardió un pozo de petróleo.

—De eso hace mucho, o te habrían puesto algo mejor.

—Tenía catorce años. Hace quince, o dieciséis, calculo.

— ¿Las manos son tuyas?

—Sí.

—Mejor. Más hábiles. ¿Tienes visión nocturna?

Asiento.

—Magnífico. Con tus ojos y tus manos aquí tienes suficiente. Lo único que deberás hacer es controlar el local, echar a los borrachos que molesten demasiado, a los ladrones

descuideros, y no dejar entrar a quien yo te diga. De las chicas cuido yo, pero ya te avisaré si debes ayudarme. Llevarás una pistola, con discreción. No puedes beber. Si robas dinero te meto un tiro en la cabeza. Y a ti no necesito decirte que nada con las putas. Empiezas hoy. Yo pago bien, así que puedes ir ahorrando para que te implanten una piel orgánica, hay verdaderas maravillas aquí en Farewell, las mejores clínicas especializadas de la Tierra. ¿Lo sabías?

Hay días en que Farewell recobra todo su esplendor, días y noches en que la ciudad se llena de turistas ricos o riquísimos que recorren las calles comerciales, sus tiendas de moda, de joyas, pieles, perfumes, para lucir luego sus trajes de noche, trajes de gala modernos o antiguos, peinados y sombreros de fantasía, pelucas, smokings, armiños, tacones, escotes, abanicos, flores, perlas, quilates de oro, en las fiestas de los salones de baile de los hoteles y casinos, donde se imitan las ceremonias de siglos pasados del planeta. Claro que estas mascaradas resultan

aburridas para los visitantes más jóvenes. De ellos es la noche más excéntrica, más dura, acaso más verdadera de Farewell. Todo está permitido. A las doce, a la una, cuando la oscuridad les ampara y libera, ocupan las calles sedientos de ver y ser vistos, ataviados con capas que crepitan, de colores cambiantes, con kimonos fastuosos, guerreras de charol con entorchados y charreteras de oro, togas irisadas, mantos hologramas, ajustadísimas sedas, cueros, mallas de metal, túnicas de plástico translúcido que descubren cuerpos musculosos, perfectos como esculturas 10 griegas, trabajados en clínicas y gimnasios, que a veces no necesitan más que a sí mismos para mostrarse y a veces se adornan de tatuajes, lacas de piel —torsos masculinos teñidos de plata, azul eléctrico, púrpura estridente, senos de mujer barnizados de ámbar o magenta—, turbantes enjoyados, anillos, tobilleras, collares, diademas, piercings rematados de piedras preciosas, cinturones de luz, botas militares, zapatos de tacón elevadísimo, sandalias, gafas de espejo, semicascos negro tinta china, tocados

egipcios, cabelleras con trenzas musicales, moldeados en arabesco, cráneos absolutamente rasurados con dibujos de cromo.

Esbeltos, erguidos, perfumados, magníficos, alegres, apuestos, apasionados, blancos, mulatos, negros, orientales, riendo con dentaduras immaculadas, mirando con lentillas fluorescentes, buscándose, rozándose, ellos y ellas se refugian en los clubs del Barrio Ópalo donde obtendrán las drogas para vivir la noche al límite sin un desfallecimiento, estimulantes, afrodisíacos, emotivos, sinceradores, placer absoluto bebido, fumado, masticado, untado, cuelgue psicoactivo con el que podrán después ir al Barrio Iris, adentrarse en las cavernas gigantescas, macrolocales que no cierran nunca, donde la música acabará de volarles y encontrarán cualquier tipo de sexo que pueden imaginar. No tienen miedo. Saben que cuando compran una droga o un cuerpo están pagando un porcentaje para que los jakuzai les protejan: nadie los secuestrará, robará, agredirá ni asesinará.

Noches sobre todo: cualquier turista debe, a última hora de la tarde, subir a alguno de los cafés que en lo alto de las torres comerciales ofrecen una perspectiva impresionante de la ciudad, para contemplar cómo Farewell se enciende, resucita —puesto que la luz solar parece turbia, misérrima, en comparación con la nocturna—, eclosiona en flores de neón, prismas joyantes, cascadas de vatios, cilindros irisados, esferas áureas, archipiélagos amatistas, soles de mercurio, focos que semejan lanzas láser, espadas de cristal de roca, cúteres de hielo, nimbos con un azulado resplandor de perla, muros flamígeros, chorros de plata líquida, y en todo aquel exceso, opulencia, caudal, inundación, lujuria eléctrica, arde una belleza glacial extrema, y al mismo tiempo, y cada vez más, porque cada vez es mayor el número de las luces que se apagan para no volver encenderse,

o que se acumulan sin orden ni armonía o se eclipsan, hay un agrio chirrido de discordancia visual, de recargado mal gusto, igual que en una dama o caballero que se cubre de una carretada

de alhajas para disimular la falta de brillo, las arrugas, la flacidez y color amarillento de su carne ya ruinosa.

Lejos, en lo que son ahora, como en cualquier otra ciudad, suburbios, la noche irradia siempre menos; aquí concretamente, cerca del aeroespacio puerto, los jakuzai sólo llegan para matar, la droga es mala y la venden los jonkis desesperados, y los que se ofrecen a sí mismos cobran demasiado poco. Entre la clientela de bares y clubs abundan los trabajadores que no pueden pagar el alcohol en 11 locales más lujosos, los delincuentes que se arriesgan a perder la vida de un balazo en la nuca por intentar birlarle los créditos a un turista —una pistola venganza del Hampa protectora—, los sicarios ciborgs; los viajeros terrestres y navegantes estelares de paso, incluso algún pirata retirado.

Lo reconocí de inmediato, en cuanto

entró en el local. La larga melena rubia, la pistola al cinto, el pecho descubierto, sudoroso, los guantes y las botas de plasticuero, ojos muy azules, los abalorios de piloto libre. Él no me vio. Sentado en la barra, bebiendo una cerveza, oteaba las sombras en busca de, supuse, alguna mujer que le gustara. No la había. Tardé en acercarme.

—Yuri.

Me miró de arriba a abajo. La mano en la culata de su arma. Parecía fatigado. El aspecto de los navegantes cuando acaban de aterrizar después de un viaje largo.

—No te conozco.

—Me conoces. Soy Lee.

—¿Lee?

Nadie, para él. No me extrañó en absoluto. Algo ofuscados sus ojos, quizás droga en su sangre, pero sin ella y sin el alcohol seguramente no me hubiera reconocido tampoco.

El abordaje es rápido, preciso. Las dos naves piratas surgen a babor y estribor de nuestra nave nodriza. Con su pequeño tamaño

que les permite maniobrar con destreza, cuando el sistema de detección las descubre ya es tarde para evitar el asalto.

Aúlla la sirena de alerta total de combate. Yo estoy en la cubierta inferior de carga, junto al jefe de estibadores. Lo vemos todo en una de las pantallas murales. Los dos puntos que nos amenazan titilan como estrellas profundas.

Ellos saben que bastaría un solo disparo para hacernos estallar como una nova. Que nuestro capitán sólo tiene dos opciones: disparar primero y arriesgarse al holocausto que nos destruiría a todos, o esperar el abordaje y el combate cuerpo a cuerpo.

Con lentitud, las naves piratas se sitúan al paio. Hay una sacudida brusca: nosotros también nos hemos detenido. Aparece un oficial con varios soldados. «Tú», le dice a mi jefe: «busca a tus hombres, llévalos arriba. Y a éste, sitúale frente al montacargas. Que dispare 12 a cualquiera que salga por allí».

Se alejan corriendo. Mi jefe me hace un gesto con la cabeza. Le acompaño hasta

detenerme a unos cinco metros del ascensor. «¿Sabes manejar esto?», me pregunta. Acoplo el pesado fusil entre mi brazo y mi pecho.

«Suerte», y me deja. Oigo voces y más carreras. Soldados pasan junto a mí, ajustándose sus armaduras. Son de un blanco deslumbrante. Y es entonces, en esos minutos vacíos de espera, cuando el recuerdo surge.

Transcurren más minutos. Las luces principales se apagan de pronto, sólo quedan las de emergencia, un débil resplandor que enrojece la oscuridad. Golpes, explosiones, gritos lejanos.

Se abre el montacargas. Enristro el fusil, pero antes de que pueda usarlo un disparo me alcanza en el pecho y caigo hacia atrás ruidosamente. No puedo levantarme. Veo pasar botas a mi lado, y no son imperiales. No se detienen a comprobar si estoy vivo o muerto.

Cierro los ojos. Tiempo después, al abrirlos, hay dos hombres sobre mí, observándome.

El primero es joven, con una melena dorada que le cae sobre los hombros, barba

rubia, ojos azules. Guapo como Jesucristo. Pero debería llevar una túnica blanca para ser radiante. Y los gruesos aros en las orejas, el traje de cuero y metal abierto en el pecho, el vello profuso, el collar de abalorios, la pistola al cinto, las altas botas relucientes, los guantes de charol que le cubren también los antebrazos, no son de un Mesías.

El otro parece algo mayor en edad, alto y enjuto; lleva el pelo entre castaño y rojo recogido en coleta; collar de abalorios también, el suyo imitando perlas, guerrera y pantalón viejos.

«Qué tenemos aquí», dice el primero: «Si es un ciborg»

Desenfunda la pistola y encañona mi frente.

«Espera», dice el otro. «No es un soldado. Es un galeote. El cinturón parece de mecánico exterior. Yo necesito un ayudante.»

El pirata de cabello rubio se encoge de hombros y retira su pistola. El otro se agacha a mi lado.

«La nave es nuestra, tu capitán se ha rendido. ¿Quieres salir de aquí?»

He hablado de un recuerdo. Lo tuve allí, durante el abordaje, en aquella nave donde me habían traído los soldados imperiales como a tantos otros hombres, contra nuestra voluntad. Hombres convertidos en reclutas o tripulantes forzosos. Menos que hombres, en realidad.

Mis padres me llevaron a Petra cuando yo era un niño. Desde la Tierra, cientos de colonos viajamos en la bodega de un carguero, hacia aquel mundo de la Zona Intermedia, sector 5, colonia maderera, minera y petrolífera, donde el trabajo era duro pero se pagaba bien.

Al principio tuvimos suerte. Nos destinaron a los bosques del sur del único continente habitado del planeta. Millas y millas de árboles altísimos, en una región salvaje, inexplorada, que terminaba en montañas azules y abruptas, frontera entre ese bosque que ofrecía

un inmenso depósito de madera para explotar, y los páramos septentrionales donde había yacimientos minerales y, sobre todo, petróleo. El viento bajaba de aquellas montañas en cuanto declinaba el sol; el aire se iba llenando de sombras violeta, en la espesura de los árboles. Había torrentes en la zona más cercana a la cordillera, y ríos anchos más al sur. En otoño, las hojas se empurpuraban antes de caer; el rojizo follaje ascendía hacia el cielo como una llamarada, y el atardecer era más frío aún, anunciando la nieve. Los cinco meses de invierno solían ser extremadamente rigurosos, aunque seguíamos trabajando en el bosque blanco ahora. Al talar los árboles, éstos caían sacudiendo sobre nosotros una lluvia de escarcha, carámbanos brillantes igual que piedras de cuarzo. Yo amaba la nieve, su belleza. Los ríos profundos. La soledad de una naturaleza más fuerte que el hombre.

Dos años después, nos trasladaron al norte, porque se necesitaban obreros en los pozos de petróleo que brotaba de la tierra

pedregosa, un erial inclemente para la vida. Los colonos dormíamos en barracones prefabricados: plástico, metal de baja calidad. Pero, decían los capataces, la comida estaba asegurada, teníamos una escuela e incluso un barracón que servía de iglesia. Mi padre estaba ya enfermo de los pulmones; como no podía trabajar en los pozos, le destinaron a las cocinas comunales, que formaban parte del barracón–iglesia. Mi madre, mis hermanas y yo le ayudábamos, y en mis ratos libres, el sacerdote de la colonia me pedía asimismo que le echara una mano en la iglesia. A cambio me prestaba sus libros. Era cristiano, y había traído a Petra la Biblia, varias biografías de santos terrestres de tiempos remotos, un atlas del planeta donde había nacido, historias sobre reyes, príncipes y caudillos de aquel mundo que yo había abandonado demasiado pronto para recordarlo bien. Yo lo leía todo. Los domingos por la mañana encendíamos velas y cirios en la sala donde daba misa: para el altar utilizábamos tres grandes piedras planas que nos costaba mucho

mover. Él parecía un anciano después de diez años en Petra; había llegado con los primeros colonos. Su extremada delgadez y su color amarillento se debían a una dolencia del hígado; también sufría de asma, que el clima del planeta y el polvo reseco del páramo agudizaban. En la oscuridad de la sala-templo, glacial cuando llegaba el otoño, sofocante en verano, tinieblas untuosas como el petróleo, yo escuchaba el jadeo de su respiración, la tos que le provocaba el humo de las velas, y sentía una profunda repugnancia por la miseria de su carne.

Todo esto es sólo un preámbulo, pues lo que recordé realmente, mientras esperaba en la nave nodriza para disparar o morir, fue muy distinto. Ocurrió en la escuela donde yo iba con todos los demás muchachos de la colonia. Era un edificio nuevo, recién construido y pintado para nosotros. Teníamos maestros jóvenes también, hijos de colonos o de capataces, a los que se había adjudicado el trabajo de la enseñanza. Una de aquellas maestras, la que nos enseñaba dibujo y matemáticas, me gustaba

mucho; era el mío un amor delicado y secreto, que nunca me había atrevido a contarle a nadie. Una tarde en que ella nos daba clase, nos pidió que pintáramos un paisaje conocido, de Petra, de la Tierra o de cualquier mundo del que hubiéramos llegado. Así lo hicimos, mejor o peor. Casi todos eligieron la naturaleza de su planeta natal: nostalgia, más que de ellos, de sus padres, porque nos habíamos marchado demasiado pronto para recordar imágenes con claridad. Yo no. Yo pinté el bosque del sur de Petra, los inmensos árboles en el comienzo del otoño, de hojas amarillas, anaranjadas o rojas, elevados hacia el cielo como torres, como lanzas, y al pie de los troncos un río, con el agua de un azul denso, concentrado, casi hiriente en su viveza, igual que el sulfato de cobre. Entonces, la maestra se acercó a mirar mi trabajo; yo estaba junto a la ventana, y desde allí veía la carretera de acceso a la colonia, los barracones de los soldados de la media centuria destinada a la vigilancia de Petra, y alrededor de todo, sólo campo y maleza y soledad. Se acercó

la maestra, y poniendo una mano en mi hombro elogió mi pintura, el profundo azul del río que brillaba, el oro de las copas de los árboles, la límpida belleza del cielo también azul. Yo temblé con aquel contacto; no me atrevía a mirarla ni a responder; veía, allá en los barracones, cómo un camión aparcaba y soldados con armaduras blancas, de una blancura irreprochable, bajaban a la carrera, a las órdenes del sargento—centurión. El aire era frío en el aula, pero mis mejillas ardían. Ella se alejó y yo seguí pintando; al acabar mi trabajo, se lo entregué, me sonrió. De entre todos mis recuerdos de Petra, esos breves minutos de aquella tarde en la escuela son los que me han dejado una impresión más perdurable, y siempre me sorprende revivirlos con nitidez, con la misma punzante voluptuosidad.

—¡Lee! ¡Claro! ¡El ayudante de Edmei Konda! —logro ver un brillo fugaz en los ojos

nublados de Yuri. Cuando desembarcan, los piratas beben y se drogan hasta sus últimos límites, y éstos son muy amplios— ¿Qué mierda haces en Farewell, mediolata? —Trabajo aquí. —¿En esta inmunda cantina? ¡Vaya! ¡Nunca lo hubiera pensado! Bien, has de contarme con todo detalle dónde dejaste a tu patrón. He oído cosas. Acabo de aterrizar en este pozo de basura y quiero un sitio donde dormir. Tengo un amigo, he de buscarle, claro que mejor mañana. Hoy no puedo ni con mis botas. ¿A qué hora terminas?

A las cinco, Yuri y yo caminamos por calles desiertas hacia mi hotel. El piloto se tambalea tanto que me ofrezco a llevarle la mochila, su único equipaje. Cada vez que tropieza en la oscuridad, maldice y lanza una carcajada a un tiempo.

Mi hotel—colmena se eleva a pocas cuerdas de distancia del comienzo del Barrio Iris; podemos ver las luces de los burdeles más baratos. Es un edificio de catorce pisos; en cada planta hay cincuenta habitaciones, cubos de dos

metros de largo, ancho y alto, espacio suficiente para empotrar una litera de 80 centímetros, una ducha y un lavabo, una nevera y un armario. La pared que da al exterior es de cristal, protegida por una persiana de la luz solar –teniendo en cuenta que casi todos los huéspedes trabajan o viven de noche y duermen de día–; en el techo está la pantalla del televisor–ordenador y sobre la litera la caja extraíble con el cuadro de mandos. Yuri alquila un nicho contiguo al mío. Imagino que se tumba sin desvestirse, la mochila sobre la ridícula alfombra sintética de dibujo oriental, enciende la televisión y sintoniza un canal con alguna película que lo acompañe en su sueño. Yo navego un poco en busca de jugadores de naipes conectados, pero no tengo ganas de embarcarme hasta el amanecer en una partida, y acabo por elegir la misma autocompetición de solitarios que otras noches.

Ya es de día cuando Yuri golpea en mi puerta. Acicalado, con una camisa blanca, pantalones vaqueros estrenados, botines lustrosos y guantes de seda gris, el pelo recogido

en coleta, nadie lo identificaría como un pirata. Sonríe: tiene hambre y dinero para invitarme a un buen desayuno no desde luego en mi hotel, sino en cualquiera de las más lujosas cafeterías del centro de Farewell.

Mientras desayunamos en el Hilton — mesas de cristal, butacas de cuero auténtico, lámparas antiguas, espejos por todas partes, camareros de uniforme impecable— me explica que quiere encontrar a un viejo amigo, de oficio sicario libre, del cual sabe habita en un antiguo hotel de la zona norte de la ciudad, desde luego no una miserable caja agujereada de nichos como aquél en que hemos dormido. —Uno de esos hotelitos de veinte pisos donde iban las parejas después de casarse o los empresarios con sus amantes a disfrutar de una semanita exótica en una isla virgen virtual. Me envió imágenes: una playa de arena blanca, mar verde esmeralda, cielo azul con nubes de algodón cremoso, palmeras y hasta nativos con taparrabos, créeme. Hotel New Tahití, recuerdo que se llamaba. El dueño no pertenecía a ninguna tríada y no quiso

pagar tampoco el tributo de protección jakuzai. Un loco. Una noche llegaron los jakas, le bajaron a la playita falsa, le ataron con cadenas de brazos y piernas a cuatro de sus motos y arrancaron a tope. Pluf, imagino que los escorpiones lo despedazaron, que consiguieron arrancarle las extremidades y que quedase sólo el tronco y la cabeza, aunque no lo sé bien, nunca he hecho la prueba, más aún te confieso que nunca he montado en moto. Bueno, el caso es que desde aquello los turistas tomaron tierra al hotel, así que a los jakuzais no les quedó más remedio que darle otro servicio. Alquilaron las habitaciones a sus asalariados, y también a algún libre como mi amigo. Y vámonos ya.

No nos lleva demasiado tiempo encontrar el antiguo New Tahití. Nada queda por supuesto de la seudoplaya paradisíaca; en torno al edificio sólo hay escombros, coches desguazados y basura.

Druso Howard vive en la planta dieciocho, en una suite. Yuri no duda en invitarse a pasar una temporada allí –ignoro si

más o menos larga, igual que desconozco si está en la Tierra de vacaciones o por algún otro motivo— y en invitarme también a mí a cambiar mi nicho por un colchón en la terraza de la habitación enorme.

Druso Howard. Alto, delgado y atlético — tiene su propio gimnasio en la suite—, pelo corto e hirsuto, camiseta sin mangas, cinturón de cromo, pantalón y botas negras, lentes verdes para ocultar sus ojos implantados. El resto de su anatomía parece humana. Y sin embargo, hay algo en él más rígido e imperturbable que una piel de laboratorio.

Siente pasión por las armas de fuego. Las guarda, meticulosamente ordenadas, limpias, en un armario de su suite. Fusiles automáticos, rifles, pistolas, revólveres, de todos los tamaños y calibres. Nos las enseña como si fuesen piezas de coleccionista, obras de arte, y al mismo tiempo, instrumentos tan familiares que nadie puede desconocer su distinta utilidad y su manejo. Con Yuri discute horas enteras de proyectiles, percutores, gatillos, seguros,

recámaras, silenciadores, miras telescópicas, velocidad de disparos por minuto, alcance. Ambos las examinan, sopesan, aseguran su preferencia por un cañón largo —esbelto, elegante— o corto —menos llamativo, a veces más eficaz—, dependiendo del momento y lugar. Ríen cuando Druso H. muestra una *pistola de señorita*, de color plateado y tamaño tan reducido que puede llevarse en el bolsillo de una chaqueta (o desde luego en un bolso de mujer), con sólo cinco balas en la recámara, más que suficientes si se saben emplear; silban de admiración mientras montan en la terraza con 17 precisión lentísima un rifle de largo alcance, con un microordenador incorporado de tal manera que puede programarse para disparar en un día y hora concretos, y activar desde lejos, vía móvil: Druso explica cómo logra conducir a la víctima hasta el lugar preciso para su muerte, el punto señalado previamente por las coordenadas que había introducido en la mira telescópica.

¿Son amigos? Extraño aplicar esa palabra a su relación. Nunca hablan de cómo y cuándo

se han conocido; a mí no me interesa tampoco averiguarlo. Se relatan mutuamente sus proezas en sus respectivos oficios. Un pirata y un asesino a sueldo, ambos con una delectación desmedida por la violencia. Yuri es explosivo y vehemente, casi lujurioso en sus relatos. Druso Howard sin embargo mantiene su frialdad incluso en las baladronadas. Ese temperamento mantiene vivo más años a un sicario.

Este hombre de Farewell apenas sale del hotel; dedica las horas a ponerse en forma en el gimnasio de la suite, o se tumba en el sofá y ve la televisión, algún canal de deportes o películas de artes marciales, con su lata de cerveza y comida oriental cuyos restos permanecen días y días sobre la mesa. Ignoro por qué medios recibe sus *encargos*, pero entonces apenas prueba otra cosa salvo café con galletitas saladas o coca cola con chips; se afeita y se viste —ropa cómoda, impersonal, oscura—, abre apenas unos minutos el armario para elegir una pistola o un rifle, y sale a matar. Le contratan los kapos jakuzai, o algún empresario —comerciante legal,

proxeneta— para que elimine a cualquiera que le cause algún problema. Es Yuri el que me cuenta todo esto, nunca el otro, reservado como se debe ser en su oficio. Cuando vuelve tras un asesinato, se da una ducha, se tumba en el sofá frente a la tele con su cerveza y sus chips, su comida china. En ocasiones, se gasta el dinero que gana con su trabajo en visitar *Sugar Cube*, un gigantesco prostíbulo del Barrio Iris, donde se puede elegir cuerpos in situ o de antemano por Internet: mujeres, varones, trans, drags, niños, niñas, parejas, amos, esclavos, vírgenes, viejos, mutilados, ciborgs y un largo etcétera de posibilidades.

Sí, esto me lo cuenta Yuri, el pirata, el charlatán; con Druso Howard no coincido mucho en horarios. Aunque a veces, mientras yo ceno algo antes de salir a eso de las once de la noche para *La Linterna Azul*, los tres nos encontramos frente a la televisión encendida. ¿Por qué, entonces, él, Yuri, me pregunta con tanta frecuencia, tan insistentemente, por el tiempo anterior a mi llegada a Farewell, por el

viaje que me llevó desde aquella nave nodriza hasta muy lejos de aquí, de esta ciudad, de la Tierra, hasta New Ítaca, y luego, más allá de la Frontera, en compañía de Edmei Konda y de otros, rebeldes de los que Yuri y Druso se ríen, cuya lucha a ninguno de los dos les importa un crédito? ¿Qué interés le impulsa a reclamar una historia donde él sólo fue un actor secundario?



Aterrizamos en New Ítaca después de cuatro meses inter de navegación solitaria. New Ítaca está en la Frontera; cuenta con una única base espacial, instalada por las fuerzas imperiales, aunque hace mucho que los contrabandistas la ocuparon para convertirla en refugio y puerto de aprovisionamiento para otros mercaderes, piratas y pilotos libres. Todo lo que cualquiera de éstos puede necesitar para su nave lo encuentra allí, a muy alto precio:

combustible, maquinaria, mecánicos especializados, agua, víveres, hombres para su tripulación; todos los botines de los que llegan son comprados, con créditos sobre la mesa del negocio, créditos que después los pilotos o piratas o mercaderes pueden de nuevo perder, y muy rápidamente -el oro regresa a su cofre- en Funny Song, el megaclub, local de juego, drogas y prostíbulo que dirige Stone Vo, el patrón no sólo del club, sino de toda la base. Y a él le venderá mi jefe, Edmei Konda, el cargamento de combustible que consiguió en el ataque a la nave nodriza donde yo viajaba. Imaginé Funny Song como una isla de diversión radiante en medio del espacio. No lo es. Enorme y oscuro, el salón principal parece una cueva donde flotan, igual que estalactitas y estalagmitas, los reservados de los clientes, cilindros de luz acuosa que se elevan o descienden a gusto de cada cual. Hay camareras semidesnudas -a veces la piel pintada de colores reflectantes, los cráneos

rasurados, antifaces negros, pechos descubiertos con el único adorno central de una flor temblorosa, de plástico o seda dura-que sirven alcohol. Los gorilas de Stone Vo vigilan desde los rincones, sobrios y preparados para servir cualquier otra sustancia que colme las necesidades -por otro lado no en exceso exigentes- de forasteros o asiduos de la propia New Ítaca. Hay paredes reactivas, y hologramas de adorno, y música cuckney en el aire, pero también un hedor a pieles sudorosas, a comida preparada, alcohol barato, hachís rancio; la suciedad engrasa las alfombras del suelo y los asientos de color indefinido, hasta 19 las bombillas del techo y las lámparas de tela de los reservados. Somnolientos y torvos los gorilas acarician sus pistolas como si desearan un poco de emoción, y las chicas se mueven con desidia, los ojos nublados después de fumarse o ingerir cualquier cosa que les permita resistir la noche entera.

El público es escaso, esta noche. Un par de mercaderes con sus kaftanes y turbantes enjogados, largas barbas, comen copiosamente, solos, y una docena de piratas de la misma tripulación, según sabré después, ríen y beben y eligen por ahora sólo con la mirada a las mujeres con las que dormirán más tarde –hay cubículos preparados para ello, en la planta superior del megaclub. Edmei Konda se dirige hacia una de las mesas. Volvemos encontrarnos con Yuri.

Los planetarios, aquellos que nunca han salido de su mundo natal, suelen confundir con frecuencia a piratas y pilotos libres. Ciertamente es comprensible tal identificación. Unos y otros tienen en común apariencia y modos de vida, y hacen gala de ambas cosas: de sus trajes oscuros, cuero negro o metal sin brillo, absoluta ausencia de elegancia, casi orgullo en la dejadez de su atuendo –en eso difieren con claridad de los mercaderes espaciales–, melenas, barbas, pendientes y piercings, tatuajes, botas sucias, sempiternas pistolas y revólveres en estuches bien ajustados a los muslos, allí donde es más

fácil que las manos las alcancen para desenfundar con mayor rapidez; a veces machetes o kris o gumiás; los archifamosos collares falsos, desgastados y ennegrecidos por el tiempo y el sudor; el gusto por la bebida y la droga, por los tugurios espaciales, las pependencias absurdas, los duelos, las risotadas, las prostitutas, el juego, el contrabando, el abordaje de naves imperiales, militares o mercantes, cargadas de cualquier botín que les puede interesar, incluidos pasajeros para obtener rescates, el asalto de bases planetarias, el tráfico de esclavos, de armas, de combustible, minerales, droga u otras sustancias prohibidas, la intromisión en cualquier guerra de cualquier mundo en que alguna de las partes enfrentadas les pueda pagar la escandalosa cifra que piden por su ayuda; y un largo etcétera similar. Pilotos y piratas merecen los mismos adjetivos: rufianes, mercenarios a sueldo del que dé más, capaces de vender cualquier cosa salvo su nave, despreciados y aborrecidos por todos: los soldados imperiales los odian, sin duda porque los temen; los

planetarios, porque sufren sus rapiñas; el Emperador incluso, pues no los domina, y es incapaz de frenar sus robos, aunque se sirva de ellos y los compre cuando los necesita; y los desprecian los hombres que aspiran a ser libres porque se venden al Señor de la Galaxia, o si otras veces enfrentan a éste no es por ideales o justicia, sino por su propio interés, que sólo se traduce en monedas, créditos. Pero hay una diferencia. Los piratas han hecho un pacto, forman parte de un grupo, una tribu que los ampara. Los pilotos libres sin embargo navegan solos, se suele decir incluso que desdeñan la compañía humana y por eso gustan de la soledad del espacio; conocen todas las rutas de la galaxia, son capaces de abrir nuevos caminos, se aventuran como nadie en las Zonas Prohibidas. Se dice que entre los primeros exploradores y colonos que durante la Gran Expansión dejaron la Tierra para buscar otros mundos donde asentarse, y llegaron hasta mucho más allá del Sistema Solar, al centro de la galaxia, y hasta los planetas más remotos de las

zonas exteriores, entre esos aventureros ya había expertos navegantes que se adelantaban para buscar un *pasillo* hacia un mundo habitable, y ellos fueron antecesores de los futuros pilotos libres. Sólo cuando la Gran Expansión era ya epopeya y la colonización de la galaxia se convirtió de libertad y federación de mundos en Imperio, y los Emperadores decidieron convertir todas las zonas del espacio que no dominaban en Prohibidas, y en enemigos a cualesquiera de aquellos que se negaran a someterse a su poder, llamarse piloto libre no sólo supuso vivir al margen de la compañía de hombres y navegar en los límites de la galaxia desafiando fronteras y prohibiciones, sino precisamente por esto, ser considerado un rebelde, un proscrito.

Edmei Konda, piloto libre. He navegado con él durante todas estas jornadas inter, hemos trabajado duro para convertir su nave, que compró a un mercader caído en la ruina, no sólo en un vehículo de transporte sino también de guerra. Es un buen navegante, cauteloso y

experto: conoce a la perfección las rutas por las que transitamos, y procura y consigue no aventurarse a un encuentro con las fuerzas imperiales fronterizas. Manejando instrumentos y máquinas podría trabajar solo, aunque mi ayuda le interese.

Apenas hay horas de ocio en un viaje espacial; mi patrón, que duerme poco, las dedica a cuidar un pequeño invernadero que ha instalado en la nave: sólo en los vehículos que transportan colonos he visto yo un invernadero así; sospecho que resultaría excéntrico en cualquier nave pirata. Claro que sin duda, este piloto que viste ropas demasiado austeras, y no acaricia con fingida desgana su collar de abalorios que imitan perlas grises —ese largo collar disimula una joya auténtica, más sencilla, un anillo de plata que pende de un cordón, oculto bajo su ropa—, que no juega con sus pistolas al cinto ni relata en cuanto puede sus glorias de proscrito, ni presume de sus tatuajes o de sus cicatrices —la más visible en la mejilla izquierda y muchas otras en los hombros y la

espalda, y que provienen, lo reconozco enseguida, de golpes terribles, golpes de knut, el látigo de tiras de cuero rematadas en metal—, y que en su pelo largo, casi siempre recogido en coleta, tiene demasiadas canas prematuras, es un tipo extraño. Me asombra, más que ninguna otra cosa, observarlo en el invernadero, ensuciándose de tierra, comprobando riegos, 21 con una dedicación y lentitud que sugieren la mayor delicadeza. Delicado y silencioso: allí y en cualquier otro espacio de la nave, apenas habla conmigo; sus escasas palabras, no obstante, me indican que es concordiano: el suave acento de ese planeta de la Zona Central, del que no sé mucho, sólo tengo vagas noticias de un pueblo que viajó allí para formar una sociedad nueva, Concordia, destruida después por el Imperio.

Yo siento que las horas que pasa encerrado en el invernadero no las dedica sólo a cuidar sus plantas y hacer crecer alimentos, sino a soñar, aunque tenga visiones, sueños desgraciados. Sospecho que este hombre hecho de carne pura, pálido como un espectro a causa

de sus largas permanencias en la nave, capaz de trabajar hasta la extenuación, que se complace en cierto modo en su cansancio, en la desidia, pues hay días en que me llega el olor agrio de su piel, de su camiseta sucia, olor punzante como su barba sin afeitar, este hombre es infeliz, acaso más que yo. Cuando levanta la cara y finge no verme, cuando no me dirige las preguntas que todos me hacen sobre mi condición de ciborg, es como si me estuviera diciendo: yo te liberé de tu esclavitud, no te pedí a cambio nada más que tu trabajo, te pago por él, así que déjame en paz, déjame solo con mi tristeza.

Esta noche, en la oscuridad de Funny Song, espesa como el calor de una sentina, Konda se muestra más demacrado que nunca, acentuada su delgadez por su altura, por la comparación con los músculos relucientes, vigorosos, de su amigo Yuri Andrónico Darkovic, quien de nuevo parece más joven que mi patrón, como creí al conocerlos, aunque ahora sé que Edmei Konda no ha cumplido los treinta, y el pirata tiene varios más. Así que Yuri

se ríe al saludarle:

—¡Konda! ¡Llegas tarde! ¿Pero has salido de tu nave o de ultratumba? Vamos, siéntate, que te sirvan una copa de inmediato, la necesitas. ¡Si vienes con el mediolata! Una copa para él también, si es que no se le oxida algo.

—Se llama Lee —responde mi patrón. Nos sentamos en el sillón circular del reservado cuyo metacrilato protector está lleno de manchas de origen dudoso. Con el torso desnudo, jaspeado por el vello, pantalones ajustados y guantes de plasticuero charol hasta los codos, el pirata está prácticamente tumbado en su asiento, los pies sobre la mesa pringosa, los brazos extendidos para acoger a las dos prostitutas que una a cada lado se estrechan contra él. La de la izquierda, de nombre Leni Sweet, va enfundada en un traje de plastigoma rosa chicle, lleva botas altas, pulseras, pendientes, cinturón y anillos de color fresa, los labios con carmín y las uñas con laca de un fucsia reflectante. Tiene el pelo muy rubio y la piel muy blanca, igual que si se hubiese

desteñido toda químicamente, y bebe a pequeños sorbos en un vaso largo un licor, no podía

22 ser de otro modo, rosado también. A la derecha y en brusco contraste, Marcia es una mulata alta y atlética, con aspecto de gladiadora, la cabeza rapada, lentillas de color gris plata y una túnica de metal cobrizo que tintinea suavemente. Los pómulos, la mandíbula, el gesto de Marcia son duros, fríos como su atuendo, como la mirada que nos dirige a todos, hasta a Yuri, al que no acaricia la melena igual que hace Leni Sweet, no le besa ni le mete mano sin importarle la presencia de otros; más bien se diría que se complace en mostrar la más absoluta indiferencia, quizás estrategia de seducción, o en realidad esta mujer sabe que es carne esclava y se resigna con rencor.

Yuri nos sirve aguardiente a Konda y a mí, y a Marcia, que le presenta su vaso, y luego pulsa un botón para elevar el cilindro donde nos sentamos. Desde la altura la visión del local no es mucho más alentadora, y se contempla un

escenario en el que, nos explica el pirata, esta noche habrá un combate de gladiators.

—Nada que merezca la pena—añade—
Cuerpo a cuerpo, sin armas, puaf. Stone Vo sólo tiene tres o cuatro luchadores propios y no puede perderlos. Una auténtica estafa, aquí sí que envidio los espectáculos que monta nuestro bienamado Emperador en los planetas centrales. Claro que se admiten apuestas, y yo ayer perdí a los dados la mitad de los créditos que Vo me pagó... No le has visto, supongo. Me dijo que tiene un trabajito que puede interesarte, Konda. Algo que sólo un piloto libre tan loco como tú sería capaz de hacer —Yuri se desata de los brazos de Leni Sweet para inclinarse hacia mi patrón y decir esto en un susurro misterioso, sonrío con el placer de estar manejando ese enigma.

—¿De qué se trata? —pregunta Konda.

—¡Espera, va a empezar el combate! Voy a apostar un par de denarios de plata. ¿Y tú?

—Lo mismo. ¿Por quién?

—Buena pregunta. El gladiator de Stone

Vo se llama Nerva Junior, y el otro, no sé de dónde ha salido, Eliazar o algo así. Yo apostaré por Jr., siempre es mejor ponerse del lado de la casa —Konda asiente, mientras busca en su chaqueta las monedas de plata, nuevas, relucientes, con la efigie del Imperator; al recogerlas Yuri finge escupir sobre el dibujo en relieve de ese rostro— Si quieres un poco de relax, piloto, elige entre mis dos chicas, aunque prefiero que te lleves a Marcia, la encuentro poco cariñosa —añade un ademán y la aludida se yergue a la orden, su túnica fulge con reflejos rojos— pero tiene un cuerpo magnífico, te das cuenta, y me excita pensar que doblegaré esa altivez cuando la mande desnudarse ante mí y complacerme en lo que le pida.

—Eres un auténtico cerdo, Yuri. Siéntate, Marcia, yo invito a otra copa.

—¡Konda el loco, Konda el temerario, Konda el casto! ¿Quién eres tú para dar lecciones morales a nadie? También te gustan demasiado los créditos, así que no dudo que aceptarás ese trabajito que Vo tiene pensado

ofrecerte —Yuri hace descender bruscamente nuestra cápsula hasta un metro por encima del suelo, con la inevitable sacudida de todos en nuestros asientos, y desde allí salta al piso y se marcha a apostar.

Al poco comienza el combate. Es cierto lo que ha dicho Yuri: se trata de una pelea sin armas; los dos luchadores, a los que por lo demás puede considerarse ya viejos para el oficio, sólo visten calzones, botas y guantes acolchados. Sin duda nadie espera contemplar aquí a gladiators de escudos resonantes, corazas de acero bruñido, grebas agudas, yelmos de rico labrado, espadas de temple perfecto, alfanjes, catanas, hachas brutales, tridentes: los colosos que exhiben su apostura de estatuas, el esplendor terrible de sus atavíos arcaicos de metal, para la diversión de Ingvar, su corte, sus generales y soldados, que gustan tanto de la sangre y de la muerte gratuitas en la arena de sus anfiteatros.

—Ahí donde lo veis—continúa Yur—
Nerva Junior fue uno de los mejores en su

oficio; experto en esgrima, artes marciales y pugilato. Yo le vi luchar hace mucho en la mismísima Tierra, asistió el Emperador, os lo aseguro, yo era un crío pero lo recuerdo muy bien. Siempre me he acordado de Nerva, joven, esbelto, ligero como un dios, con un casco que parecía una joya, llevaba una especie de lobo azul en lo más alto, el estandarte de los gladiators de Ingvar, el maldito niflungar. Sí, Nerva era un luchador magnífico, con la espada y con las manos, pero lo que manejaba mejor era el tridente y la red, no había *retiarius* como él. En aquel combate su rival le doblaba en tamaño, un mastodonte capaz de acabar contigo de un soplo. Pues bien, no duró más de un cuarto de hora: Nerva le ensartó el tridente en el hueco que el casco le dejaba para los ojos.

Konda mira la lucha, absorto. El resto de los espectadores silba, abuchea a los púgiles, pide a gritos pégale más, venga golpea, dale duro, mávalo. Pero no están contemplando una trifulca tabernaria en la que se rompe todo, y en la que los puños se lanzan sin control y los

adversarios se tumban y se agarran y se zarandean, se estrellan contra el mobiliario y se levantan y vuelven a caer. Aquí los rivales se acometen desde muy cerca, en un reducido espacio marcado por sus pies, se miden, procuran protegerse con brazos y manos de los golpes del otro, saben esquivarse y dirigir sus ataques a la cabeza, al cuerpo, con precisión.

El vencedor es, como había anunciado Yuri, Nerva Jr. Finalmente consigue que Eliazar descubra su defensa, y le lanza una andanada de golpes contra el rostro, arrinconándolo, le pega más y más, en el estómago, el hígado, y el otro, con los brazos ahora caídos a lo largo del cuerpo, sacudido por todas partes, recibe puñetazos que se hunden en su carne, la machacan hasta que se vuelve tumefacta o sangra, le hacen bramar de dolor, incapaz de evitar la paliza que el público jalea jubilosamente, y más cuando Eliazar cae al suelo y no se puede levantar.

—¡He ganado! ¡Champán para celebrarlo!
—Yuri abraza a Leni Sweet y a Marcia, Nerva Jr.

se aplaude a sí mismo, y hace gestos groseros al público que antes le ha abucheado por si alguien se atreve a luchar ahora contra él.

¿Por qué no peleas tú, Yuri? —pregunta Leni Sweet— Con esos guantes que llevas, tan bonitos... ¿Nunca te los quitas? —los toca, y Yuri aparta su mano de un golpe:

—Déjame. No vuelvas a preguntarme nunca eso.

—A Yuri no le gusta contar cómo perdió sus brazos y tuvieron que implantarle unos metálicos —dice Konda— Y debería enseñarlos, son una obra de arte. Vencería a Nerva Junior, sin duda: puñetazos de acero.

—Estoy completo en todo lo demás —el pirata opta por reír y continúa bebiendo.

—¿Hablares con Vo esta noche?— pregunta mi patrón.

—Mañana, piloto, ten paciencia.

—Entonces, suelta de una vez qué es lo que quiere. Yuri hace un gesto a las dos mujeres para que desaparezcan del cubículo, después deja su vaso en la mesa y amplía su sonrisa. Se

ha afeitado la barba que tenía cuando le conocí, y eso le hace parecer más guapo, y él lo sabe.

—Se entrevistó conmigo, nuestro querido Vo. A solas y en secreto. Me explicó que hace unas jornadas llegaron aquí, a New Ítaca, cinco forasteros. Deseaban verlo, a solas y en secreto también, porque necesitaban algo. Buscan un piloto libre que los lleve en su nave hasta un planeta exterior de la Zona Prohibida: Skibo. Ya sabes, un fuerte rebelde perdido en el sector 12, en una franja que los rebeldes dominaron hace unos años. Hasta que el Emperador envió allí a un, creo, viejo conocido tuyo, Catilina Adar, general y legado. Adar consiguió en poco tiempo limpiar el sector, y blindar la Frontera de tal modo que es más difícil saltarla en ese sector que ver a Ingvar en persona. Actualmente está infestada de naves patrullas, y en cada base imperial hay un sheriff especialmente escogido por el legado. Supongo que siguen existiendo enclaves rebeldes más allá de Skibo, los cuales Adar no ha conquistado por no considerarlos peligrosos. Vete a saber. También se oyó decir

que en uno de esos planetas tenía su escondrijo ni más ni menos que el Gran Jefe Rebelde de Harsa Alasat, el maestro Bruce Eiryons. Claro que de ser así Adar lo hubiera encontrado y ahora estaría plusmuerto. Pulule o no Eiryons por allí, el caso es que los cinco rebeldes que han llegado a New Ítaca tienen mucha prisa por encontrar quien les lleve hasta Skibo. Un piloto lo sufi-25 cientemente insensato como para adentrarse en el sector 12 y retar al mejor de los generales de Ingvar. Un loco, aunque un loco de mente fría y mucha ambición de créditos. Yo me lo propuso a mí, pero evidentemente yo no soy su hombre. Valoro mi vida demasiado. Entonces pensamos en ti, Konda. ¿En quién si no? Conoces esta parte de la Frontera como pocos, y eres temerario como ninguno. He hecho una buena crónica ¿no, amigo?

Konda parece imperturbable y sereno, pese a que ha bebido mucho; sin embargo noto que mueve demasiado su vaso: inquietud. Las afirmaciones de Yuri me extrañan en parte: durante las jornadas en que hemos navegado

juntos, Konda me ha parecido un hombre mucho más dado a la prudencia que a la temeridad.

—Continúa, Yuri —dice ahora.

—Stone pensó en ti, Konda. Quizás —hace una pausa, llena su copa, lanza un suspiro extrañamente femenino— quizás porque estos cinco son concordianos como tú. La expresión de Konda se vuelve más rígida aún.

—Concordianos —sigue el otro— A ver si recuerdo sus nombres, me los dijo Vo: el que lleva la voz cantante es un tal Francis Shimon Delvaux, oficial del ejército rebelde; luego están el senador de Concordia en el exilio, Kumi Nguyen Ydoates, un viejo y venerable patricio; el joven Xavier Elmar, aprendiz de senador; el doctor Johan Ali Nijem y la doctora Solange Estraven. ¿Los conoces? —Yuri hace lo posible por fingir ingenuidad.

Palidece Konda de tal modo que tanto Yuri como yo podemos notarlos, y se crispa igual que si hubiera recibido un latigazo en pleno rostro. Pero sólo pregunta:

—¿A qué hora nos encontraremos con Vo?

—Midi.

—¿Vendrán los concordianos?

—Sólo Delvaux, creo.

Konda llama con un gesto a Leni Sweet, que nos observa desde la barra del local, y le indica por señas que traiga más aguardiente. Marcia ha desaparecido. El piloto libre no vuelve a hablar durante el tiempo que permanecemos allí, pese a que Yuri intenta de vez en cuando hilar una nueva conversación, hasta que al fin deja de hacerlo, se abraza a Leni Sweet y mi patrón y yo continuamos silenciosos, él bebiendo cada vez más aprisa, cada vez más sombrío, y yo trato de imaginar qué hay en el pasado de este hombre, en los años en que aún no se dedicaba a su oficio, en su vida allá en su planeta natal, que trata de ahogar con alcohol y no puede. Me siento casi aliviado cuando se levanta, pone sobre la mesa un buen montón de créditos, y abandona el cubículo sin una despedida hacia Yuri ni a su acompañante,

aunque a mí sí me mira por si le sigo.

Fuera de Funny Song el silencio repentino nos aturde. La noche de New Ítaca es tan espesa como en el megaclub, pero menos sucia, y el frío del aire me parece un regalo, un bálsamo. Konda se tambalea, me pregunto si sería capaz de encontrar su nave, perdida en el enorme hangar de la base, sin mi ayuda. Camino delante de él para guiarlo; hasta me sorprende que pueda mantenerse en pie. Ya estamos cerca del vehículo cuando tiene que pararse para vomitar; aguardo sin molestarle.

Entro en mi camarote y le observo dirigirse al suyo, como un fantasma, como un ser salvaje que huye. A la mañana siguiente mi patrón viene en mi busca poco antes de la hora acordada para encontrarse con Vo. Me pide que lo acompañe a la cita. Ha debido tomar alguna pastilla *after* para paliar los efectos de una resaca sin duda brutal, pues apenas se le notan. También se ha afeitado, lavado y lleva ropa limpia, una chaqueta color tierra sobre la que baila el collar de perlas oscurecidas. El pelo le

cae suelto sobre los hombros, melena de pirata. Observo una repentina suavidad en sus facciones, y no es sólo por efecto del *after*: como si hubiera rejuvenecido o más bien mostrara, por primera vez ante mí, su auténtica edad; y hay un brillo en sus ojos de color gris. Este hombre, me digo, fue un día un adolescente luminoso, y hoy ha recobrado parte de su luz.

Salimos al exterior. Ahora, con la débil luz solar que atraviesa la cúpula protectora de la base, todo se comprueba viejo: las dos plataformas de aterrizaje y despegue, que salen fuera de esa cúpula; los almacenes de material y alimentos, depósitos de agua y combustible, la gigantesca maquinaria de respiración, las instalaciones militares, construidas por las fuerzas imperiales cuando New Ítaca les pertenecía, y que ahora utilizan los nuevos ocupantes contra los antiguos si éstos alguna vez deciden un ataque para intentar recuperarla, esfuerzos que han sido inútiles desde que Vo está al mando; el megaclub y el motel aldaño donde reside el patrón de la base. Incluso en el

aire se percibe un pálido polvo gris que lo ensucia todo y difumina contornos: una presencia sutil y desalentadora igual que el constante zumbido de la maquinaria que renueva el oxígeno. Que no es tan puro ni tan fresco como yo sentí ayer al salir de Funny Song.

El motel: un edificio de planta rectangular, con ventanas estrechas y las paredes llenas, untadas casi con frescos acrílicos, un caos de franjas sinuosas y estridentes cuya visión llega a marear, y para eso debe de ser. Hay una férrea vigilancia humana y mecánica: más de una veintena de gorilas, puertas 27 hiperblindadas, sensores de armas por todas partes, e incluso detectores de virus en un estrecho pasillo alumbrado por una fosforescencia añil, el último de los controles por el que tenemos que pasar antes de que, completamente desarmados y sin duda en comprobado buen estado de salud, nos permitan acceder al interior.

Rápidamente un guardia nos lleva hasta su jefe, aunque por el camino podemos ver mucho

lujo, casi exagerado, en brusco contraste con el exterior del que venimos: alfombras, cuadros, tapices, muebles de maderas nobles, cortinas espesas, estatuas de mármol, de bronce, esculturas de luz, sillones, lámparas fastuosas con cristales de cuarzo, relojes de péndulo, de arena, clepsidras, máquinas de sueños, mesas de cristal, de billar, de casino, chimeneas, plantas exuberantes, collages, fuentes con aguas de diferente color en sus varios surtidores, armaduras de metal de gladiadores y las espadas y escudos de éstos, pantallas de televisión gigantescas, una flor extraña en un jarrón de oro.

Asimismo la apariencia de Stone Vo es muy distinta a la que se pudiera esperar de un patrón contrabandista y de su sórdido club: de piel muy blanca, completamente calvo, con un fino bigote y perilla rubios, Stone viste un traje marfil, camisa color plata y corbata dorada, un anillo de oro blanco con un gran diamante en el dedo corazón de la mano derecha; aparenta una edad mediana, pero es fácil notar que se ha rejuvenecido artificialmente. Sus gestos son

elegantes, quizás un tanto ampulosos.

También se encuentra allí Yuri, sentado junto a Vo; sus facciones perfectas, su tez morena, sus blancos dientes resplandecen, un fulgor demoníaco (Luzbel era bello, un ángel caído): sonríe, aunque ahora con una sonrisa de fisgón obsceno.

—Queridísimo Edmei, cuánto gusto verlo —la voz del hombre calvo se engola, y tiende una mano hacia los llegados que retira en seguida, antes de que le podamos tocar—Viene usted acompañado ¿por?

—Mi ayudante, Lee.

—¿Lee...?

—No recuerdo mi apellido —respondo yo.

Vo frunce la boca: sólo a alguien que ha sido esclavo le han borrado de la memoria su nombre completo.

Un robot-mayordomo anuncia la llegada de Francis Shimon Delvaux, que es un joven fornido, de pelo castaño, corto, con barba y con el uniforme pardo de comandante del ejército rebelde. Delvaux se ha sentado y Vo, después de

preguntar: «¿un poco de té, caballeros?» y de servirse él mismo, nadie más desea la bebida, en una taza de porcelana, sin duda de excelente calidad, invita al rebelde a hablar. Konda crispera ligeramente las manos, el rostro imperturbable, pero capto en su gesto un oscuro dolor.

—El señor Vo me ha dicho que puede usted llevarnos hasta el planeta Skibo a mí y mis cuatro compañeros —dice Delvaux mirando directamente al piloto libre.

—El señor Vo acostumbra a adjudicarme con entusiasmo excesivo las misiones que nadie quiere —es la respuesta de Konda.

—¿Entonces?

—Imagino que sabrán ustedes que saltar la Frontera y moverse en el sector donde se encuentra Skibo es casi imposible: es una franja vigilada por lo mejor de la flota imperial: patrulleras, destructores, fragatas, cruceros; sería necesario desviarse mucho y navegar por zonas no ya prohibidas sino prácticamente inexploradas. El principal problema es dónde repostar en un viaje tan largo, y eso si logramos

saltar la Frontera antes.

—De no existir esos problemas, yo mismo conduciría una nave rebelde hasta Skibo. Necesitamos a alguien que conozca muy bien esos sectores del Espacio Exterior, las rutas, los planetas, los agujeros de la Frontera, y que se atreva a aventurarse en el espacio salvaje. Según el señor Vo, ese alguien es usted.

—¿Sabe usted quién soy yo, comandante?

Hay un silencio demasiado tenso antes de que Francis Shimon Delvaux diga:

—Lo sé, Edmei Konda—una pausa— Necesito una respuesta inmediata. Tenemos que partir lo antes posible.

—No hemos hablado aún del pago para un viaje como éste.

Delvaux muestra las palmas de sus manos, invitando al piloto libre a fijar una cantidad. Konda lo hace al instante. Un silbido de Yuri pone música a la expresión casi conmocionada del comandante rebelde.

—Es una cantidad desorbitada—exclama éste.

—Arriesgo mi piel. Y soy su último recurso.

—Quizás no, Konda.

—Lo sabe perfectamente.

—Buscaremos otro —el concordiano se pone en pie.

—Vamos, vamos, comandante —interviene Vo, alzando una mano —Por favor... Siéntese de nuevo. Comprendo su impaciencia, pero estamos negociando, y en los negocios se dialoga un poco más... Si se trata de un problema económico, quisiera decirle.. . Oh, bien, yo mismo estaría dispuesto a ofrecerles a ustedes mi colaboración... una pequeña ayuda, digamos un préstamo... Escúcheme, ustedes no pueden pagar a Konda la cantidad que les pide, todos 29 conocemos que la Unión Rebelde, Harsa Alasat, Camino de Luz, cuenta con muy pocos recursos monetarios. Hombres llenos de esperanza, y deseos de libertad, y ánimo, y valor, pero exiliados, desposeídos.. . El Emperador y los suyos los persiguen, los acosan, como a nosotros, cuantos estamos aquí; somos para él,

todos, sus enemigos. Y él es nuestro enemigo común. ¿Por qué no unir entonces nuestras fuerzas, aunque no tengamos las mismas motivaciones? Quizás no resulte fácil para personas de tan nobles ideales como ustedes aceptar mis créditos —una breve risa de Yuri le interrumpe; el anfitrión mira a éste irritado— No se ría, Darkovic; su risa es descortés y despreciable. Incluso hombres como usted y como yo debemos ser capaces de percibir y respetar la nobleza de pensamiento y acción. Y usted, comandante, reconocerá que en ocasiones es necesario pactar con el mismo diablo, aunque no nos guste, si tenemos el agua al cuello. Mi ayuda es interesada, porque también a mí me conviene acabar con el Imperio. Le ofrezco la mitad de los créditos que le pide Konda; me los devolverán cuando derroten a Ingvar, y así no me deberán nada. No van a encontrar a otro piloto libre que acceda a llevarlos hasta Skibo. La decisión es suya.

—La decisión debo tomarla con mis otros compañeros.

—Dentro de dos horas inter, aquí volveremos a encontrarnos. ¿De acuerdo también, Konda?

Éste afirma con un cabezazo brusco; antes de que Delvaux se retire, le pregunta, en voz muy baja:

—¿Saben todos sus compañeros que me ha propuesto a mí ser su guía?

—Así es, Konda.

La voz del piloto tiembla una centésima de segundo al preguntar de nuevo:

—¿También Solange?

El oficial, ya de pie, tarda en contestar:

—También la doctora Estraven. Ç

Delvaux se marcha muy deprisa; el patrón de Farewell, sonriendo con satisfacción, se sirve té; saborea también su certeza de que va a ganar esta partida en la que acaba de apostar, y Yuri se inclina hacia Konda para sacarlo de su ensimismamiento:

—Mientras el concordiano efectúa las consultas pertinentes ¿puedes prestarme a tu ciborg? Tengo que llevar unos tanques de agua a

mi nave y uno de mis brazos renquea; no puedo conducir.

—Pregúntaselo a él. Yo no tengo esclavos.

Yuri se encoge de hombros antes de volverse hacia mí.

—Perdona, amigo ¿puedes ayudarme? Yuri y yo vamos en busca de los tanques, que ya están cargados en un camión; en la cabina del vehículo, el pirata se quita el guante derecho y examina cuidadosamente su prótesis metálica, implantada desde el codo, mueve los tubos que hacen de huesos del antebrazo y los cilindros de los dedos.

—Es el pulgar. Siempre falla —y blasfema.

—Quizás bastara un poco de lubricante —comento.

—Bien. Pero démonos prisa, no quiero perderme el encuentro entre los concordianos, sobre todo ahora que ha metido mano ese viejo asqueroso relamido de Vo. Mierda para todos, para él y para los santurrones rebeldes. Y para tu patrón, si está tan loco que acepta ser su guía.

—Si consigue llegar a Skibo, el pago será formidable.

—Bah, no lo hace por créditos. Konda es capaz de apostar todo lo que gane en una partida de dados y no inmutarse si lo pierde. De cualquier manera volverá a conseguir más oro. Aquí en la Frontera todos lo conocen, conocen su fama, no niego que merecida, como experto en rutas peligrosas y como explorador intuitivo en las desconocidas. De acuerdo, es un tipo inteligente y arrojado, y cumple la palabra dada cuando se ha hecho un trato con él, hasta yo mismo lo contrataría aunque tuviera que pagar más que a otros. Pero esta vez no apuesto ni un sestercio por Konda, creo que lleva todas las de perder, que esa misión es un suicidio. Dime ¿irás con él?

—Iré.

—¿Por qué? Los imperiales os achicharrarán a todos como a ratas dentro de vuestra nave.

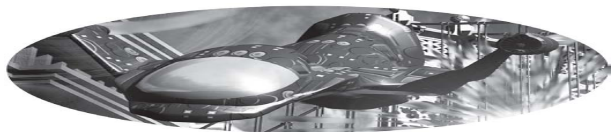
—Konda conseguirá llegar.

—¿Lo admiras? ¿Te crees amigo suyo?

Konda no tiene amigos. Tipo raro. Lobo solitario.

–Seguiré con él. Me trata con respeto.

–¡Oh, sí, claro! Quizás le quede algo de la época en que era también un santurrón rebelde que creía en la fraternidad universal. ¿No te lo ha contado, él? No, no creo. Dime ¿quieres que te cuente yo su historia, la historia de Edmei Konda, el traidor?



A veces, en *La Linterna Azul*, a última hora de la noche, cuando el alba está cerca, e incluso aquí, en Farewell, famosa por la benignidad de su clima, ese momento es el más frío del día, el más desapacible, a pesar del calor ya rancio acumulado entre las paredes del club, del humo espeso, de los hedores a cuerpos exhaustos, entonces, cuando sólo quedamos las putas viejas y tristes, los últimos borrachos, los jonkis medio muertos, el barman tan impasible y

distante como un androide y yo, entonces me piden que les cuente alguna historia, porque saben que me gusta contarlas, y lo hago, les narro la que me contó Yuri Andrónico Darkovic, aunque es cierto que sin su burla, su sarcasmo, su envidia tal vez; relato esa historia nuevamente, de la manera más neutra posible, más rigurosa. Y me escuchan, se quedan sentados y prestan una somnolienta pero unánime atención.

Hace mucho tiempo, durante la Gran Expansión, el extenso período durante el cual los humanos exploraron el espacio y alcanzaron casi todos los planetas habitados hoy, un grupo de colonos, alrededor de medio millar, llegó a un mundo situado en lo que después se denominó Zona Central de la galaxia. Aunque el planeta carecía entonces de atmósfera respirable y los colonos tuvieron que vivir bajo cúpulas, su tamaño y la distancia a su sol eran muy

parecidos a los de la Tierra, y ofrecían magníficas posibilidades para el futuro. Además aquellos colonos no eran hombres cualquiera: el grupo estaba formado por un buen número de científicos, ingenieros, trabajadores técnicos y manuales, con conocimientos suficientes para *terraformar* el planeta, consiguiendo, mediante la tecnología, una atmósfera adecuada y agua potable. Les impulsaba asimismo el deseo de crear una sociedad nueva, libre, pacífica, igualitaria, en donde todos trabajarían por el bien común y recibirían a cambio lo necesario para vivir lo mejor posible. Se trataba, por tanto, de construir un mundo habitable y una utopía social.

Dos siglos más tarde, el planeta se había convertido en un hermoso mundo de cielo y mares azules como la Tierra, bosques, prados, y ciudades armónicas y blancas, y sus ya cerca de diez mil habitantes se declararon ciudadanos de la República Libre de Concordia.

A partir de entonces, y hasta la formación del Imperio, Concordia vivió sus tiempos

mejores. Era asimismo la época dorada de la Gran Expansión, y los concordianos, los principales depositarios de la ciencia y el conocimiento necesarios para la *terraformación planetaria*, no dudaban en ponerlos a disposición del resto de colonias; su economía fue al principio autosuficiente hasta llegar a próspera; se les respetaba por ello y porque siempre se ofrecían también como conciliadores de conflictos entre mundos. Claro que paradójicamente, ese bienestar se convertiría en amenaza para ella misma. Y es que sin duda, de haber sido sólo una Arcadia primitiva y remota, uno de los muchos planetas que tras colonizarse iban quedando aislados, Concordia no hubiese estado en el punto de mira y de recelo cuando ciertos mundos de la Zona Central –entre ellos la Tierra– decidieron unirse en una Alianza Estelar, de la que los concordianos se negaron a formar parte: pues advirtieron el peligro que suponía el poder cada vez más extenso y autoritario de la Alianza, y sospecharon su tentación de transformar –como en efecto

ocurrió— esa Unión en un Imperio.

De modo que, cuando el Imperio se instauró por fin, y se extendió primero con la supremacía económica y técnica, más tarde mediante intrigas, conspiraciones, asesinatos, golpes de estado, y por último con la guerra, mientras todo esto ocurría, Concordia se mantuvo firme en su independencia y su libertad, y se volvió un símbolo, para los pueblos aún libres, de esa resistencia. Fue heroica para unos e inevitablemente odiada por los planetas del Imperio y por sus Señores, y desde luego por Ingvar, el Bárbaro, el hombre que había venido de un planeta salvaje y remoto con el único fin de convertirse en Señor de toda la galaxia, Dux Belli, New Caesar, el más eficiente conquistador, el más sanguinario, el ni flungar cuyo verdadero rostro, apariencia, pocos hombres, se decía, habían logrado conocer en persona —sólo los generales de su ejército, los principales de su corte, su guardia pretoriana—, aunque se contaba que era un gigante de melena blanca, siempre vestido de negro, que dominaba ciertos poderes

sobrehumanos, maléficos, capaz de aterrorizar con su sola presencia a cualquiera, y a la vez, de basar esa leyenda terrible en el hecho de no ser casi nunca visto; que vivía de modo permanente en alguna de sus naves de guerra, en el espacio, de mundo en mundo conquistado, a la cabeza de la flota imperial; capaz asimismo y sin embargo de levantar en un solo lustro su ciudad soñada, New Roma, allá en la Tierra, como signo de su admiración por aquel antiquísimo Imperio del planeta madre de todos, y de decretar a partir de ese momento, *post urbem conditam*, una nueva cronología para la historia de la Galaxia, a la que debían ajustarse, traducirse todas las cronologías planetarias. Y fue Ingvar quien se ensañó más que ningún otro Emperador en poner bajo su yugo a aquellos mundos que más se empeñaban en resistirle, y entre ellos sobre todo, la rica y por tanto insobornable, apacible y afortunada, culta y republicana Concordia.

Para someterla, envió a la mejor de sus legiones al mando del mejor de sus generales,

Catilina Xox Adar, un antiguo gladiador en su juventud (se decía que no había perdido un combate), que había sido jefe de la guardia pretoriana de Ingvar, famosa por sus métodos feroces y despiadados, un gusto por la violencia que era requisito indispensable para cualquiera de sus miembros. Adar consiguió en efecto dominar rápidamente por las armas a los concordianos, pero la resistencia de éstos se mantuvo no obstante: parecían dispuestos a luchar contra los invasores hasta morir, utilizando la desobediencia civil y el sabotaje. Los grupos subversivos estaban además perfectamente organizados —no podía ser menos, teniendo en cuenta los muchos años de experiencia en el trabajo solidario que acumulaban los habitantes del planeta— y pronto tuvieron un líder incuestionable: Bruce Eirions, un maestro de filosofía del que los imperiales sospechaban que había participado también de modo muy activo en la creación de Harsa Alasat, Camino de Luz, la Unión de los mundos y pueblos que, conquistados o no, se enfrentaban

abiertamente al poder de Ingvar. Harsa Alasat estaba por entonces recién nacida, y la urgencia del Emperador era aplastarla cuanto antes. Ingvar sabía que el origen de Harsa había sido el planeta Vodar, de la Zona Central, habitado por hombres de ideales semejantes a los que sostenían los concordianos, y que los *dodimi*, los *sacerdotes* de Vodar, eran considerados líderes y ejemplos en la Unión; sin embargo él no temía tanto a aquellos dirigentes a los que empujaban ideales místicos de paz y amor universal como a un posible caudillo concordiano, mucho más preparado para una lucha realmente eficaz: y así, sin olvidarse de hacer todo lo posible para aniquilar la rebelión en Vodar, consideró a Bruce Eiryons como su más temible enemigo en potencia (lograría al fin con ello convertirlo en tal, pues a veces es el temor lo que provoca el propio resultado temido).

La orden de Ingvar era clara: detener como fuera a Bruce Eiryons, acusándolo de un delito suficiente como para poder enviarlo a uno de los planetas prisión del Imperio; y Catilina

Adar se aprestó a cumplirla. Utilizando como pretexto el último sabotaje sufrido por los legionarios —los rebeldes de la capital concordiana habían emponzoñado sus depósitos de agua—, envió a media centuria de soldados para que asaltaran la Universidad en la que Eirjons era maestro. No logró su objetivo: el líder rebelde consiguió huir, y los legionarios sólo pudieron detener a varios estudiantes y a un joven maestro de filosofía, Alexander Konda, que había sustituido *providencialmente* ese día a Eirjons. Los condujeron al cuartel imperial; allí, Adar interrogó uno a uno, y se detuvo largo rato frente a Konda. Éste, un hombre alto, guapo, atlético, de cabello rojizo, sin duda mostraba la elocuencia, la gallardía, la distinción de los *patricios* concordianos (pues era cierto que, aunque los ideales primitivos de aquella sociedad que deseaba ser utópica habían sido la igualdad absoluta entre los ciudadanos, con el tiempo había surgido una dualidad nítida: entre una oligarquía intelectual y económica que ocupaba puestos de organización, y el resto, trabajadores

manuales y técnicos). Aun siendo un hombre tosco, de inteligencia limitada por lo brutal de los oficios que a lo largo de toda su vida había desempeñado, el general exgladiador y expretoriano (un hombre de edad y estatura mediana, cuerpo hercúleo, duras facciones) intuyó claramente que si bien no había logrado atrapar a Eiryons tenía ante sí a un cabecilla de la rebelión, secundario por ahora, pero con visos de convertirse en un digno sucesor del otro, y con trazas, debido a su juventud y su belleza, de llegar a ser un héroe más popular todavía. Pronto sabrá asimismo que es incorruptible.

El general pide informes sobre Konda: le cuentan que vive en las afueras de la capital, con su compañera, Adriana Estraven, una ingeniera espacial, desde hace varios años; que al unirse, la pareja traía cada uno un hijo propio: Konda, un varón llamado Edmei; ella, una niña, Solange; después había nacido un hijo común, Lux. Le cuentan que la pareja es amiga personal de Eiryons. Regresa frente al joven concordiano; vuelve a exigirle que le revele el escondite del

maestro de filosofía, y le amenaza, como a los estudiantes detenidos junto a él, con acusarle de dirigir el sabotaje contra los legionarios, lo que puede suponer se les envíe a un planeta prisión si no hablan. Pronto comprende que no pueden hacerlo porque en realidad desconocen el paradero del líder rebelde, aunque hayan colaborado en su huida. Dispuesto sin embargo a demostrar a Ingvar que puede estrangular con mano de acero a los concordianos, pisarlos con su bota, demostrarles que tarde o temprano acabará con todos los rebeldes, incluido por supuesto Bruce Eiryon, Adar se deja llevar por la cólera y la ambición, y comete un error que ni Ingvar ni él mismo perdonarán nunca: ordena que al amanecer los prisioneros sean crucificados como culpables de sabotaje y encubridores de un traidor al Imperio.

La noticia de la ejecución inminente vuela por toda la capital concordiana; cuando Adriana Estraven la recibe, está en su casa familiar, aislada en el bosque que circunda la ciudad blanca. Es un amigo, que también forma parte

de la resistencia, quien viene a avisarle; le dice que Bruce Eiryons está a salvo; que le han ocultado lo ocurrido para que no caiga en la tentación de entregarse a cambio de la vida de los prisioneros; que hay una nave preparada para sacarle esa misma noche de Concordia; y que muchos concordianos están empezando a rodear el cuartel de los legionarios para pedir clemencia por los detenidos, y si no la obtienen, levantarse contra los soldados imperiales. Adriana se dirige al dormitorio del hijo de Alexander, pero Edmei no está allí; ella comprende de inmediato que lo encontrará durmiendo en la habitación de Solange. Edmei tiene quince años y Solange catorce; desde niños, desde que sus padres viven juntos, ha surgido entre ambos un vínculo que ha ido más allá del amor fraternal, un lazo del que Alexander y ella han recelado, temiendo que fuera pasajero, hasta el punto de prohibirles pasar la noche en la misma habitación; ha sido en vano, porque los adolescentes se buscan en secreto, y de día parecen unidos por una atadura tan fuerte como la sangre, un afecto en el que no

hay lugar para ese espacio de extrañeza, de desconfianza, que existe entre los amantes que se han conocido de adultos, por mucho que quieran evitarlo; incluso el niño Lux percibe la solidez de ese amor, y que sus hermanos se comprenden y se quieren de un modo tal que nunca podrán tener con otra persona; y acepta estar aparte aunque protegido con un cuidado casi también paternal por Solange y Edmei.

Adriana los descubre durmiendo juntos, sí, pero ahora tiene otra urgencia: les explica lo ocurrido y les pide que se vistan y vayan con Lux a refugiarse en la casa de Auguste y Rosa Zordak, vecinos que se encargan del cuidado del bosque que les rodea, y cuya hija, Maya, es amiga de los muchachos. Ella, Adriana, va a ir también a pedir el perdón para Alexander Konda, por mucho que el compañero que ha acudido a informarle de la situación le ruega que no lo haga.

El día siguiente es uno de los más terribles en la historia concordiana. Durante la noche, los ciudadanos han rodeado el cuartel de la legión

imperial, primero para pedir, luego exigiendo la libertad de los cinco hombres que van a ser ejecutados. Ante el asombro de Adar, los pacíficos integrantes de una sociedad sin ejército no están tan indefensos como él creía: de algún sitio han sacado todo tipo de armas de fuego, y amenazan además, si el general no cede, con reducir a cenizas el Archivo de la Terraformación, que se encuentra en la capital y donde se conserva la totalidad de los documentos con la información necesaria sobre ese proceso vital para los mundos de la galaxia; la única otra copia integral está en el cerebro de los científicos concordianos: esa es la razón por la que incluso Adar se resigna a no poder masacrarlos. Pero Adar está demasiado furioso para razonar: al alba ordena que se cumpla la sentencia de crucifixión, y cuando los soldados le avisan de que la multitud va a asaltar el cuartel de forma inminente, su orden es que se abra fuego contra los insurrectos.

La casi legendaria capacidad de Ingvar para conocer de inmediato cuanto sucede dentro

de los límites de la galaxia que él domina vuelve a demostrarse. A las pocas jornadas de la fecha más sangrienta para Concordia, Catilina Adar es destituido como general de la legión invasora, y enviado con el puesto de alcaide al planeta prisión Anthar: es un destierro, un castigo por los disturbios a los que no ha sabido hacer frente y cuyo resultado fue más de un millar de concordianos muertos, y casi cien legionarios; la destrucción del Archivo de la Terraformación; el haber convertido en mártires a cinco hombres cuya importancia se mostraría quizás irrelevante de no ser crucificados; y no impedir siquiera la huida de Bruce Eiryons, el líder de Harsa Alasat.

Esta historia salta diez años en el tiempo; Concordia sigue ocupada por las tropas imperiales, ahora al mando de Galba Ramchandani, un hombre inteligente y cauto que ha sabido hacer comprender a los pobladores del planeta que es preferible

resignarse y ser sometidos a cambio de ciertas libertades, y, sobre todo, sobrevivir a la espera de días mejores. Incluso ha permitido el regreso de Eiryons, porque prefiere vigilarle de cerca. El maestro continúa siendo el líder de la resistencia concordiana, con tanta cautela como la que usa Ramchandani: le está prohibido salir de la capital, y parece dedicarse sólo a su trabajo. A sus cincuenta años no tiene familia propia, aunque actúa en cierto modo como tutor de los hijos de Alexander Konda y Adriana Estraven: Edmei, que ha cumplido veinticuatro, uno más que Solange; Lux, el menor, pronto tendrá dieciocho. Eiryons no trata sólo de pagar una deuda personal adquirida aquella noche en que el padre de los entonces muchachos fue ejecutado, y Adriana cayó junto a otros muchos ciudadanos bajo el fuego de los hombres de Adar, y los tres quedaron solos; les tiene afecto, además de preocuparse de su educación y de convencerles de que el recuerdo de la valentía de sus padres es una herencia que puede compensarlos de su pérdida. Los jóvenes lo

respetan y lo escuchan como a un sabio, el maestro que prefiere ser llamado así en vez del líder o caudillo: quizás no podría ser de otra manera, porque se trata de un hombre de apariencia extraordinariamente común, estatura baja, un tanto grueso, aunque todos lo veneran como si su sola presencia, sus palabras emanaran la serenidad que predica. Conversa mucho con el hermano mayor. Edmei es alto, los ojos grises, gestos suaves; serio, soñador y reflexivo, sin la vehemencia, la extroversión, el físico poderoso del padre; pero participa en la resistencia con fervor, y no se deja llevar por el deseo de venganza, como bien ha procurado Eiryons; a veces a éste le conmueve la confianza de Edmei en sus ideales, en que triunfarán finalmente sin necesidad de que los concordianos pierdan, con la guerra, los valores de libertad y paz con que crearon su mundo. El joven Konda estudia para ser ingeniero espacial como Adriana Estraven, y trabaja también con Auguste y Rosa Zordak, los guardabosques, que cuidan asimismo de él y sus hermanos: gente bondadosa que incluso parece

considerarlos superiores, a ellos tres y a Eiryons, no sólo por su importancia en la lucha rebelde sino porque forman parte de esa clase *patricia* que Eiryons insiste en que no debe ser reverenciada en modo alguno, aunque tantos concordianos sí lo hagan.

Los años no han cambiado en absoluto la relación entre Edmei y Solange, hasta podría decirse que la soledad la ha afianzado. Solange tiene un carácter afectuoso, ha decidido estudiar medicina junto con su amiga Maya Zordak, y sin duda hay otros hombres que se interesan por ella, pero por nadie puede sentir el mismo amor que por éste con el que ha compartido casi toda la vida. A todos asombra el que los hermanos que no son de sangre hayan llegado a parecerse físicamente. Y que el hermano menor, Lux Konda, sea tan distinto: ha heredado las dotes de seducción del padre, su alegría, pero tiene un carácter un tanto díscolo; juega a la rebeldía y a veces escapa de la casa días enteros para divertirse, aunque no suele buscarse problemas; lo cierto es que también él, junto con Edmei,

Solange y Maya Zordak, colaboran cuanto pueden con la resistencia, y no temen ningún peligro, y siempre recordarán esta época como indudablemente feliz.

Y sin embargo en la primavera del año inter 15 *ab New Roma condita*, los acontecimientos se precipitan. Los rebeldes de Harsa Alasat empiezan a mostrarse muy activos, se comunican de planeta a planeta con rapidez y efectividad; mundos fronterizos como Iliria, Jartum, Skibo y Mirgissa se levantan en armas, y tras ellos, otros centrales: Vodar y Funchal. Aunque Ingvar logra someter a estos últimos, no consigue reducir a los de la Zona Exterior, a causa de su lejanía, y debe limitarse a incluirlos en la Zona Prohibida para que no reciban ayuda, retrayendo la Frontera varios sectores; éstos se infestan de naves piratas, que se atreven a saltar sin miedo la Frontera y a atacar a las naves imperiales con éxito. Es un golpe en la cara de Ingvar, una estocada sin duda no mortal, pero por primera vez ha sufrido la humillación de un fracaso, precisamente en el momento de

máximo esplendor, cuando ha extendido sus conquistas más allá que ningún otro de los emperadores: un dominio tan vasto que quizás por ello comienza a ser ingobernable; quizás el Dux comprende que el avance del Imperio ha llegado a su fin, que tras el cenit sólo puede venir la decadencia.

Harsa Alasat lo sabe también: ahora que las colonias más remotas desafían al Señor de la Galaxia, es el tiempo propicio para que desde el centro mismo de ésta se lance un ataque al corazón del Imperio, mientras el Dux está ocupado en las extremidades.

En Concordia, Galba Ramchandani, legado imperial, es informado por sus espías de que Bruce Eiryons planea salir del planeta —algo que tiene absolutamente prohibido— porque Harsa reclama su presencia en Vodar: se está tramando, sospecha, una nueva sublevación, más peligrosa que la aplacada por Ingvar. No está dispuesto de ningún modo a repetir el error de Adar diez años antes; esta vez sus soldados asaltan la Universidad para apresar a Eiryons, así

como allanan muchas casas de la capital, donde viven concordianos de los que el general tiene sobrados indicios de su colaboración con la resistencia. En total, medio centenar de detenidos, que son confinados en el cuartel de la legión, pero ya hay naves preparadas para conducirlos fuera de Concordia: a Eiryons hacia el planeta prisión Thingol, y al resto hacia Anthar. Al tiempo, las tropas ocupantes son distribuidas por toda la ciudad, para evitar cualquier respuesta de los ciudadanos. Ramchandani sabe que su éxito está en la rapidez: no ha anochecido aún cuando las dos fragatas imperiales parten con sus prisioneros.

Solange Estraven sólo tiene tiempo de correr, como un día hiciera su madre, hacia el campamento imperial, para ver cómo sus dos hermanos son conducidos en la larga fila de prisioneros que parten en las naves hacia Anthar —a Edmei y Lux los detuvieron en su casa, y ella se ha salvado porque en esos momentos se encontraba con los Zordak. Los ve de lejos, desde la alamburada que limita el campamento, y

grita sus nombres, y ellos la ven asimismo, pero no pueden detenerse. Hay muchos otros familiares y amigos que también llaman y lloran en esa alambrada y saben que no pueden hacer nada más.

Anthar. Como Thingol, el otro planeta prisión, se encuentra en el Espacio Exterior, en la Zona Prohibida (donde sólo pueden volar las naves imperiales, y cualquier otra que se atreva a entrar allí puede ser destruida sin previo aviso.) A Anthar van presos comunes: asesinos, ladrones, piratas, contrabandistas, y también los soldados desertores y los rebeldes contra el Imperio. Se procura que vivan, que no caigan enfermos y estén bien alimentados, porque la condena consiste en trabajo forzado, y éste es importante: el proceso de terraformación del mundo. Cuando Anthar tenga atmósfera y agua, se convertirá en una nueva colonia y el Emperador buscará otro planeta como cárcel.

Pero las normas de la prisión son severísimas, los castigos muy duros y un preso es en cualquier caso sustituible por otro. No obstante, a algunos prisioneros, como los concordianos, se les da un trato especial, pues se los considera trabajadores cualificados.

De modo que cualquier alcaide se hubiera alegrado ante la llegada de un grupo numeroso de nativos de Concordia. Pero Catilina Xox Adar no se regocijó sólo por eso, sino por recibir a aquellos con los que tenía pendiente una venganza, y entre éstos, ni más ni menos que los hijos, los cachorros de Alexander Konda.

Los hombres de Concordia han sido condenados a una pena de diez años por traición al Imperio; saben que pocos llegarán vivos al final de ese tiempo, por muy buen trato que se les dé. Los días de trabajos forzados son muy largos; las condiciones de vida en el planeta, en el comienzo del proceso de terraformación, extremadamente duras. Pero no van a rendirse: desde el mismo día en que han llegado, se

proponen un objetivo tan temerario como tenaz, casi imposible, y el único que les alentará a sobrevivir: la huida de Anthar.

A lo largo de dos años el plan se prepara con lentitud, meticulosamente, jornada tras jornada. Al cabo de este tiempo, ya está decidida la forma, el momento y quiénes componen el grupo para la evasión: los cincuenta concordianos, más otra veintena de presos nativos de Funchal y Vodar, en quienes los primeros tienen plena confianza.

Son dos concordianos, Jakob Moritz y Duncan Semchak, y un vodi, Tamar Kadri, quienes elaboran y dirigen el plan de fuga, pues tienen acceso a los ordenadores de la prisión; para huir piensan utilizar una nave imperial; fijan incluso la fecha más propicia.

En realidad el plan fracasa porque es descubierto de un modo tan fortuito como infortunado: uno de los funchalianos que forma parte del grupo de evasión sufre un accidente mientras trabaja, y cuando le llevan a la enfermería el médico descubre que el chip que el

prisionero lleva implantado en su brazo, como todos, para su identificación personal y para que desde los ordenadores de vigilancia se controle siempre dónde se encuentra, tiene borrada la memoria, lo que supone que puede moverse por la prisión sin que el ordenador lo sepa. Adar, informado, husmea un raro olor, y hace revisar a los seiscientos prisioneros, para encontrarse con la sorpresa de que en sesenta y dos de ellos el chip se halla también limpio. El alcaide no concibe aún qué puede haber detrás de todo esto, pero está dispuesto a averiguarlo. Ordena traer a su presencia al accidentado, a otro funchaliano más, y de entre los hombres de Concordia, a Edmei y Lux Konda, a quienes ha elegido con especial, oculto, paciente rencor. Los aísla a cada uno en una celda y los interroga él mismo.

El primero es Edmei. Aunque el joven, enflaquecido por el trabajo en Anthar, no puede recordarle al bello, sonriente, robusto Alexander, sí muestra durante el interrogatorio verbal la misma lealtad hacia sus convicciones que aquel a

quien hizo crucificar por ellas. Se pregunta si el hijo será capaz de soportar la tortura y se deleita imaginando que no.

Llama a un soldado, que acude rápido, en la mano un knut, un látigo de cuerdas acabadas en puntas de acero. A un gesto del alcaide, empieza a usarlo sobre la espalda desnuda de Edmei, cuyas manos están atadas en lo alto; la sangre brota pronto, el látigo dibuja heridas como las ramas de un árbol, y Catilina Adar pregunta una y otra vez qué hay oculto tras la manipulación de los chips; quién lo ha hecho, para qué. Cuando el joven desfallece, el alcaide sale de la celda: sabe que es mucho más eficaz esperar a que despierte y volver, entonces, para azotar de nuevo sobre la carne maltrecha: un sufrimiento insoportable. En tanto, decide acudir a la celda donde está Lux Konda, después a las restantes. Arrebata el knut al legionario, pues prefiere continuar él solo.

Al cabo de varias horas, Adar reúne a sus oficiales; está pálido, fatigado por el esfuerzo, pero radiante: tiene el nombre de los tres

principales organizadores del plan de evasión, y todos los detalles de éste. Semchak, Moritz y Kadri son conducidos fuera de los barracones de los prisioneros, y ahorcados de inmediato a la vista de todos, junto con el oficial jefe de seguridad de la cárcel, por su negligencia. Los cuerpos se balancean en el patíbulo durante dos días más como represalia añadida, y entre los soldados imperiales primero, poco a poco entre los prisioneros, empieza a murmurarse el nombre de aquel que se ha convertido en delator, y ese nombre, que los legionarios aseguran haber oído de labios del mismísimo Adar, es el de Edmei Konda.

La ley de la prisión es implacable en estos casos: los propios prisioneros condenan al delator al repudio, a la vergüenza, al silencio total por parte de todos. Nadie puede volver a hablarle, ni le ayuda en el trabajo, ni siquiera le dirige una mirada de compasión. Así ocurre cuando Edmei Konda regresa a los barracones; apenas se tiene en pie, al igual que su hermano y los dos hombres de Funchal, a causa de las

heridas del knut, que dejan cicatrices terribles. Edmei no da explicaciones, no se excusa, no pide perdón, parece resignarse al ostracismo y a la soledad con un orgullo extraño. Únicamente Lux, convaleciente también y tan abatido que no deja de llorar, trata de ayudarlo; el hermano mayor le indica siempre que no lo haga.

Quizás con el tiempo, piensan todos, no hubiese llegado el olvido, pero sí la condescendencia. Sin embargo dos meses después, Edmei Konda abandona Anthar en uno de los cargueros mercantes que traen provisiones 41 al planeta: ha sido liberado por el alcaide. Es el premio a su traición, entienden todos.

Tras cinco años de reclusión en Anthar, el Emperador decreta el indulto para un buen número de cautivos, y entre ellos los concordianos; también para Bruce Eiryons, preso en Thingol, aunque a éste se le prohíbe regresar a su mundo nativo e incluso acercarse a la Zona Central Galáctica. Es un gesto que se presenta como magnanimidad, sobre todo para

con los planetas centrales, pero Harsa Alasat lo interpreta como una concesión forzosa: Ingvar tiene demasiados problemas en la Zona Exterior como para tener que ocuparse también de los planetas rebeldes centrales: trata de aplacarlos. De cualquier modo, los cautivos de Anthar regresan, Lux Konda entre ellos. En Concordia le espera Solange; hace mucho que ésta sabe cuanto ocurrió en el planeta prisión, y sin embargo espera una versión distinta por parte de su hermano menor. Pero Lux confirma punto por punto el relato que todos conocen en Concordia: Edmei delató a los suyos no sólo obligado por la tortura, sino porque Adar le ofreció la libertad a cambio de su traición. El tiempo pasado en Anthar ha convertido a Lux en un hombre muy diferente al que se marchó: ya no es alegre, sino hosco, taciturno, suele beber en exceso y ni siquiera los cuidados y el afecto de Solange alivian su pesadumbre; es como si le aquejase un extraño tormento; le reprocha incluso a su hermana que siga deseando saber de Edmei, del que no hay rastro

alguno, ni la menor noticia; le reprocha haberle querido siempre más que a ningún otro de su propia sangre, y habla del ausente con un resentimiento cada vez más vivo; no detiene esos reproches ante el dolor de Solange. Un año después, cuando decide alistarse en el Ejército Rebelde, que se está organizando como fuerza armada de Harsa Alasat, la hermana trata de disuadirlo inútilmente. Lux Konda parte hacia Funchal, donde las milicias rebeldes son adiestradas: será uno de los primeros concordianos en hacerlo, una ruptura con la larga tradición pacifista de su pueblo. Solange le ruega otra vez, no obstante, que busque noticias sobre Edmei; él se lo promete, y de hecho, al regresar doce meses más tarde, ya como soldado, le explica que ha llegado en su nave de guerra —parte de la Flota Rebelde— a saltar la Frontera, y allí ha podido saber que Edmei se ha convertido en piloto libre: pero todos sus intentos de encontrarlo en persona han resultado inútiles. La ya doctora Estraven continúa sin rendirse: está dispuesta a buscar ella

misma a Edmei, aunque tan sólo sea para verlo y hablar una última vez con quien ha sido su hermano y su amante. Lux se niega a ayudarla, asegurando que se trata de un viaje absurdo e insensato, y por supuesto sumamente peligroso. Le dice asimismo que debería reconsiderar su obstinación en mantenerse fiel al recuerdo de Edmei, e incluso reflexionar sobre la conveniencia de buscar un amor nuevo: sabe que un colega de Solange, Andrew Dhallani, la corteja con insistencia. Como Solange no cede en su idea, Lux le asegura que conseguirá un encuentro con Edmei como sea y muy pronto.

Y en efecto, Lux enviará a su hermana un mensaje desde muy lejos, desde el planeta exterior Arabo, otro mundo que se ha levantado en armas contra Ingvar con la ayuda del ejército rebelde; Lux le cuenta que ha logrado entrevistarse por fin con Edmei: y que éste no desea de ningún modo hablar con Solange; prefiere su nueva vida de piloto libre, y le sugiere asimismo a ella que le olvide por completo. Las noticias tardan en cruzar el espacio y llegar hasta

Concordia; la siguiente, la última, se la traerá a Solange Estraven el capitán rebelde Francis Shimon Delvaux, concordiano. Delvaux visita a Solange (ahora esposa del doctor Andrew Dhallani) para informarle de que la nave donde volaba el piloto de combate Lux Konda ha sido destruida por las fuerzas imperiales. Le trae, además de la noticia triste, algunas de las pertenencias de Lux, que quedaron en la base rebelde de Arabo: una chaqueta militar, su reloj, algunas fotografías familiares donde aparecen todos, Alexander y Adriana y los tres hermanos; y hay otro objeto que guardaba Lux: un collar de abalorios que imitan perlas, el adorno que usan los pilotos libres. Según sabe Delvaux, ese collar pertenece a Edmei, y Lux lo recibió en la entrevista que ambos tuvieron en algún mundo exterior, nada más puede decirle.

Ese collar de perlas falsas es el único, extraño mensaje de Edmei Konda, que ha elegido seguir viviendo y navegando entre aquellos que se denominan a sí mismos piratas, pilotos libres, hombres de la Frontera



Salgo de *La Linterna Azul* a las 5:30 de la madrugada, una hora antes de la habitual; ha habido redada de la policía en busca de traficantes de droga –han detenido a un par de ellos–, y el dueño del club ha optado por cerrarlo. Como desde hace una semana he alquilado un pequeño coche biplaza para ir y venir desde New Tahití, pero lo aparco lejos –alrededor del club no es raro el robo de

vehículos—, camino durante un buen rato. La noche es cálida y no disgusta pasear. Calles estrechas, solitarias: otros clubs y bares han cerrado también, los clientes se evaporaron apenas oír las sirenas policiales, y no queda ni un fantasma por la zona. Sólo un minúsculo drugstore cuyo mayor negocio es la venta de preservativos insiste en mantenerse abierto; pronto lo dejo atrás para adentrarme entre los edificios donde viven los trabajadores del aeroespaciopuerto cercano: al amanecer, que es cuando suelo ver esas fachadas, contemplo un extraño collage de cemento, adobe, chapa, plástico, pintado de amarillo azufre, rojo cinabrio, azul eléctrico; en tiempos mejores, cuando a Farewell llegaban turistas de cualquier mundo y se colapsaba el puerto, no había una vivienda libre en estos edificios abarrotados, y los inquilinos (migrantes terrestres y también de las bases solares y planetas más lejanos) levantaban por su cuenta nuevas plantas para alojar a más gente. Pero ahora duerme todo por completo a oscuras; ahora quienes pernoctan

aquí tienen espacio más que suficiente: cada vez son menos y cobran sueldos peores porque el flujo constante de naves se detuvo hace mucho, hoy es sólo un goteo discontinuo, y los hombres que llegan de las estrellas son vagamundos con pocos créditos y expectativas de diversión bastante vulgares –se contentan con alcohol barato, droga barata, prostitución que pide y da poco–, y para los escasos millonarios que aterrizan, de gustos más selectivos aunque siniestros, basta con una quinta parte de los trabajadores que hubo en los días de abundancia. Hasta los jakuzai empiezan a olvidarse de esta zona de Farewell, únicamente aparecen con motivo de alguna de esas visitas *de alcurnia*, y ni les interesa ya controlar los negocios del barrio, tan poco dinero corre en ellos; sus incursiones son casi meramente *burocráticas*, más que otra cosa una demostración de que toda la ciudad sigue siendo su territorio, su dominio. Se dice que en la actualidad el Hampa prefiere centrar sus negocios alrededor de los turistas terrestres, ya que la crisis

económica que empieza a sufrir el Imperio dificulta los viajes interplanetarios. Por otra parte, ahora que Ingvar ha instalado su corte, su bastión, la capital de su mando, en New Roma, y se siente tan orgulloso de esa urbe fundada por él, según sus exclusivos designios, que incluso permanece largas temporadas allí, algo por completo inusual en las costumbres del Imperator, quien siempre quiso dar alas a su leyenda de tirano imposible de ver en persona, es precisamente desde New Roma de donde están empezando a llegar más visitantes a Farewell, y es precisamente en New Roma donde los jakuzai quieren introducirse como en una tierra de promisión.

El cielo sobre mí es opaco como la pantalla off de un monitor. Estoy a punto de salir desde una de las calles laterales entre los edificios oscuros a otra más ancha, cuando una sombra silenciosa pasa por delante de mí, distingo a una mujer que huye, su carrera es tan veloz que sólo puede impulsarla el miedo. A lo lejos aparece la luz de dos linternas, los

perseguidores. Se mueven con lentitud; están husmeando. Yo camino junto a una pared, refugiado en las tinieblas. Dos cuabras más adelante me topo de nuevo, bruscamente, con la mujer. Viste de cuero negro, chaqueta y pantalón ceñidos, y zapatos de tacón que la hacen tambalear en su carrera. Al verme se asusta; huelo su terror, lo exhala en el jadeo de su huida; el pelo largo y oscuro le esconde parte de su rostro contraído por el esfuerzo. Cuando se da cuenta de que no soy uno de los cazadores, vuelve a correr por un callejón a mi derecha que, ella no lo sabe, no tiene salida. Mientras, los dos tipos armados con pistolas, el uniforme de vigilantes de algún club, en el casco las linternas que he visto antes, se aproximan a mí, y yo llamo por el móvil a mi coche para que venga a buscarme.

—Eh, amigos —me adelanto a que me descubran y al escuchar mi voz se detienen— La tipa se fue por allá arriba —señalo una calle posterior a la que realmente aquélla ha tomado— Pero atención, que va armada y

cuando llegue al final se encontrará con un muro. Soy un colega –añado— Trabajo en *La Linterna Azul*.

—Es una puta que se ha colado en nuestro local y quiso llevarse por libre a un cliente –me explica uno de los dos, resoplando— Le voy a freír los sesos por todo lo que he tenido que galopar tras ella.

Se pierden en lo oscuro justo antes de que mi coche aparezca y se desliza suavemente hasta mí. Subo, ruedo el vehículo por el callejón donde la mujer se esconde. Tardo en descubrir que se ha ocultado tras unos contenedores de basura. Giro el vehículo y abro la puerta del asiento del copiloto. —Sube, rápido. Duda, pero no tiene otra escapatoria que la que yo le ofrezco: se lanza al interior del coche, y yo lo hago elevarse, con brusquedad –renquea, aunque obedece— hasta una altura de unos treinta metros, la máxima que puede alcanzar pero suficiente en esta zona para volar por encima de los edificios.

Es una mujer muy guapa. Aunque su

belleza es artificial, puedo notarlo. No me mira: observa a través del parabrisas las calles sobre las que volamos. El vehículo vibra en exceso, el ordenador me advierte que debo bajar al suelo lo antes posible; es un coche barato y no está preparado para una conducción aérea prolongada. Me dirijo hacia el centro de Farewell, hacia alguna de las ocho autopistas radiales que atraviesan el círculo casi perfecto de la urbe: en la pantalla del navegador, ocho líneas rojas; una luz blanca representa el centro matriz, donde se cruzan todas en el punto cero, allí donde están las torres de vigilancia y coordinación de los transportes, más conocidas simplemente como Torres Control. Yo me encuentro todavía en la parte sur, entre el Barrio Ópalo y el Barrio Iris.

Acaso me entretengo mirando la representación luminosa de Farewell en mi pantalla porque no sé qué preguntar a esta mujer a la que he salvado la vida. Ella no ha hablado tampoco: se echa hacia atrás la larga melena oscura, y me vigila, sus ojos son de diseño

oriental, muy verdes —quizás la intención fue que parecieran felinos—, y me muestra luego su perfil perfecto: unas facciones admirables, y sin embargo duras, frías, con algo de estatua, o de pantera negra (tal vez su traje de cuero tan ceñido, los altos tacones, la blusa de plata que deja entrever sus senos, las uñas larguísimas pintadas de negro busquen asimismo esta última comparación).

Al fin me pregunta:

—¿Quién eres?

—Lee.

—¿Por qué me has ayudado?

—¿Por qué no?

El coche vibra más que nunca; tengo que descender de inmediato. Estamos ya muy cerca de la avenida radial norte-sur, que lleva hacia Goldentown, el barrio comercial y de casinos, y hacia Barrio Cromo, dedicado a los adictos a la cibernética —de tal modo que ya es más conocido como *Chiptown*. Cualquiera de las avenidas es aeropista además de carretera de tráfico rodado y vía para los trenes-exprés, que

cruzan en apenas treinta minutos los diámetros, llevando sobre todo a trabajadores y a los turistas menos pudientes. Pero el vuelo allí suele ser peligroso, si no cuentas con un buen vehículo, dada la conducción insensata de los propios habitantes de la ciudad o turistas adinerados, que suelen poseer o alquilar aerodeportivos y buscan añadir como una experiencia más entre sus diversiones el vértigo de jugarse la vida acelerando en altura a más de 200 kilómetros. En las carreteras secundarias y de circunvalación la conducción aérea está prohibida salvo para los transportes de seguridad, de emergencia o policiales; la prohibición se impuso sobre todo para impedir la huida fácil de los sicarios jakuzai en sus aeromotos, dada la facilidad de sus movimientos asesinos, pues con sus *escorpiones* podían aparecer de improviso desde el aire en cualquier lugar de la urbe, maniobrar fácilmente entre los demás vehículos hasta llegar a su objetivo, sacar su pistola el que montaba detrás y descargarla mientras el conductor escapaba con toda

comodidad, amparado en la ligereza y rapidez de su *caballo de esmalte*. Volar en moto o coche fuera de las aeropistas principales está prohibido, y cualquier patrulla de la policía imperial o de seguridad privada puede disparar contra el vehículo infractor; pero la realidad demuestra noche a noche, día a día —yo mismo lo he hecho hace unos minutos—, que como casi todas las leyes, ésta tampoco se cumple en Farewell, sobre todo si no les interesa a los jakuzai.

—¿Dónde pernoctas? —pregunto a la mujer.

—Alquilé una habitación en un hotel del centro, pero esos tipos me quitaron la tarjeta. Y todos mis créditos, que no eran muchos.

—¿Conoces a alguien en Farewell?

—No. Llegué hace un par de días.

—¿Tu nombre?

—Renata.

Su voz es suave, dulce incluso.

—Yo duermo en el espacio de unos amigos: Druso Howard, Yuri. Puedes quedarte esta noche, ni siquiera estarán. Mañana

pensaremos.

Rodamos ahora por la avenida, junto a la ribera izquierda. Son las 6:24 a.m., y aún queda casi una hora para el amanecer. Aquí hay mucha gente en la calle. Vemos un músico callejero que toca la guitarra eléctrica, el instrumento y el traje del hombre y su casco conectados a una caja de programación: rasguea furioso, chirriante, vestido de oscuro como un cuervo, moviéndose igual que un títere al compás de los impulsos de los cables. Cerca de él, un tipo de tamaño colosal, desnudo por completo salvo un calzón dorado y unas botas militares, baila con grandes saltos y gestos obscenos: se ha comido una pastilla reflectante y todo su cuerpo despide un resplandor naranja, igual que si su piel fuera la lámpara de una bombilla interior; no es lo único que se ha debido *comer*, pues los ojos demasiado abiertos y la crispación de la mandíbula son signos de que anda más que medio volado. Pasamos frente a bares y cabarets de los que salen ríos de clientes riendo y en busca de otro sitio; un hombre-anuncio envuelto en una

túnica-holograma ofrece entradas con descuento para un local con *las mejores máquinas de sueños de la metrópoli*: sexo virtual, viajes virtuales al caribe terrestre o a cualquier planeta, inmersión en cualquier película que elijas, combate aéreo o lucha de gladiators con un enemigo al que puedes poner el rostro que desees, pero que será tan vívido que olerás su aliento y su sudor. Más allá hay un edificio de baños turcos; un multicine; un casino con fachada barroca de piedra labrada, columnas de mármol y neones, entran en él caballeros trajeadísimos con smoking y sombrero de copa, bastón con puño de plata, mujeres con vestido largo y enjoyadas hasta en los tobillos; y hay cómo no mendigos a las puertas, exsoldados imperiales o exgladiadores y hasta exsicarios jakuzai, tullidos o mancos o tuertos o ciegos, o simplemente inmigrantes que han perdido su trabajo por beber o volarse en exceso y pirarse sin solución. Sobre nosotros pasa un aerobús para turistas, que ofrece una visita panorámica por *lo mejor de Farewell*: es rojo y va envuelto en tantas luces de

colores que parece un pastel con guindas. 24 horas, 24 horas, 24 horas: apenas ningún club, tienda, comercio de cualquier tipo, discoteca, restaurante, sexshop, ciberlocal, casino, hotel, cine, casa de drogas, cierra en ningún momento, salvo tugurios de las afueras como *La Linterna Azul*, y demás clubs y burdeles portuarios, que descansan por el día. Siempre hay muchos turistas dispuestos a resistir el rigor descarnado de la luz solar, valientes que salen de un local protegidos por sus gafas oscuras para correr hacia otro, hacia el refugio de su calor negro, su humo, su concentración de cuerpos y humores humanos. Siempre hay incluso excéntricos que gustan de comprar o comer o volarse o buscar sexo

o jugar a la ruleta o meterse en una disco
o probar una máquina de sueños
o pedir limosna en pleno día.

Aún no ha amanecido cuando llegamos a New Tahití. Mis dos compañeros, como yo esperaba, no están. Busco un colchón en una de

las habitaciones vacías del hotel, y lo extiende en mi terraza.

—Supongo que desearás dormir —le digo a Renata.

—Y tú ¿quieres follar conmigo?

Le explico que no la he ayudado a cambio de eso, y que, de todas maneras, mi condición de ciborg no me permite mantener relaciones sexuales como la que ella puede ofrecerme.

—¿Eres un ciborg eunuco?

—Toda mi piel salvo la cara y las manos es artificial.

—¿Qué te pasó?

—Me quemé en un incendio.

No dice: «oh, pobre», ni «qué lástima»; dice:

—Me gustaría ver tu cuerpo.

Me quito la chaqueta, el pantalón, la camiseta, y me muestro ante su mirada.

—¿Puedo tocarte?

—Hazlo si quieres.

—Es dura y fría, tu piel —comenta mientras me palpa.

—Me la implantaron los imperiales para que pudiera trabajar en sus naves. No es una piel muy buena, no es como las orgánicas de ahora.

Me tumbo en mi cama, espero a que ella lo haga también —se pone una túnica que yo le he ofrecido para dormir— y apago la lámpara de débil luz.

—¿Nunca has probado el sexo virtual? — me pregunta en lo oscuro —Puedes implantarte un electrodo en el cerebro y conectarte a una máquina de sueños y sentir todo, por supuesto hasta un orgasmo.

—Lo he probado.

—¿Te gustó?

—Fue interesante.

—Dime, Lee —continúa, tras un breve silencio— ¿Por qué me has ayudado realmente?

—Soy un dodimi.

—¿Qué es eso?

—Iguien que aprende. Que busca. Que ayuda sin que haya un motivo interesado que le impulse.

—Eres un predicador —hay una sombra de

burla en su voz.

—Los dodimi no predicamos, no buscamos adeptos. Escuchamos, vemos, contamos lo que hemos visto y oído.

—¿Para qué?

—Siempre buscas una finalidad. Los viajes suelen tener un fin, y sin embargo es el viaje lo que importa.

—Has estado en otros mundos ¿verdad? —vuelve a preguntarme; le respondo que sí— Entonces cuéntame una historia de alguno de ellos, para poder dormir.

—De acuerdo —medito unos instantes— Te la contaré. Voy a contarte la historia de un traidor y un héroe.



En la 7^a jornada de nuestro viaje nos encontramos por fin rumbo al planeta Skibo. Mi patrón, Edmei Konda, ha navegado con suma astucia: una vez que despegamos de New Ítaca, nos desplazamos en ese espacio de nadie que son los sectores ora ocupados por las fuerzas fronterizas, ora por piratas, contrabandistas o rebeldes, o bien abandonados por ambos bandos, sin en ningún momento tratar de adentrarnos más allá, en lo que es con certeza

Zona Prohibida, cuyo límite protegen en número muy elevado las naves de Ingvar. Y así, ante la segura presencia de la flota imperial si quisiéramos dirigirnos lo más rápido posible hacia Skibo, Konda opta por alejarse, bordear la Frontera muchas millas, atento en todo instante al radar, a la carta astronáutica, a los instrumentos, para evitar la aproximación de cualquier nave imperial, peligrosa aunque nosotros disfracemos nuestro vehículo como mercante.

Elige pues un camino mucho más largo pero hasta ahora seguro, ya que logra su objetivo (apenas ha habido un par de amenazas de contacto visual lejano con patrulleras enemigas), y, como ya he dicho, durante la jornada 7ª de nuestro viaje Konda encuentra un agujero en la Frontera, que le permite saltarla con pasmosa tranquilidad. Y lanzarse, a toda máquina, a zonas estelares vacías de vigilancia imperial por prácticamente inexploradas: navegamos por el espacio salvaje de la galaxia.

Hemos tenido muchas horas de muy duro